

COLECTIVERO

NO. 1 // PRIMAVERA 2024

PLANETA MISTERIO

Copyright © 2024 por Oscar González Cruz

Todos los derechos reservados.

Ninguna porción de este libro puede ser reproducida en ningún formato sin la autorización previa del autor.

ÍNDICE

1. UNA ÚLTIMA VEZ 1
Alejandro Mendizábal
2. LA ESPOSA DEL MUNDO 10
Ng Yi-Sheng
3. LESLIE LANG, RECOPIRADORA 17
Mónica Chávez
4. EL RELATO DEL SIRVIENTE 41
Luis Ángel Martínez Nieto
5. WAKEFIELD 55
Jorge Machado
6. CAMPOS DE MARGARITAS 103
Sandra Rocha Guzmán
7. LA TAKEOVER 117
Aníbal Hernández
8. EL DÍA QUE MURIÓ NEWTON 140
Héctor Medina

9. DÍAS DE JARDINERÍA	148
Oscar González Cruz	
ARTE DE LA PORTADA	152
CÁPSULA EDITORIAL	154

— — —

UNA ÚLTIMA VEZ

ALEJANDRO MENDIZÁBAL

—Te doy medio minuto para que me expliques tu fracaso, gusano. ¿Qué ocurrió con el *Médium*? ¿Cómo fue que se desvanecieron treinta billones de dólares de entre tus dedos? —dijo el general Tanner, luego desenfundó su pistola y apuntó en dirección a Antonio por debajo de la barra.

—El *Médium*. La última gran máquina. Por favor, Tanner; usted fue un hombre de ciencia, fue también amigo de Isaac. Sabe bien que explicar la historia me tomará más tiempo —respondió Antonio. Bebió el sorbo de whisky restante, y esperó a que el general tomara su decisión final.

—Caballeros, dos Macallan en las rocas. ¿Qué celebran hoy? —preguntó inoportunamente el camarero.

—Una despedida —gruñó el general con arrogancia. El camarero captó la indirecta y atendió a una mujer al

otro extremo de la barra. —Mira, Antonio, no acostumbro tomar a prisa. Lo que me dure este trago, eso te queda de vida. Considéralo una cortesía por los viejos tiempos en la Universidad.

—Gracias, Tanner. Tiene usted un corazón de oro —dijo Antonio con sarcasmo.

La noche era cálida en el Barrio Amarillo. La terraza del “Baja 5” se iluminaba tenuemente con la luz de las estrellas. Los comensales bebían en silencio y degustaban plácidamente los deliciosos canapés del bar. Se trataba de la atracción principal del Jericó, el rascacielos más alto de la capital.

Sentado en un cómodo taburete, con la cabeza entre los hombros, Antonio tomó un segundo para hacer un recuento de los hechos, luego dio inicio a su historia, quizá la última que jamás contaría.

—Decidí esperar en este sitio, Tanner, porque fue en el Jericó donde comenzó todo este asunto; me parece apropiado terminar aquí de igual manera. Seguramente aún recuerda los bailes de caridad celebrados aquí año con año. Claro, hace no mucho la Universidad decidió trasladar la sede a un recinto más “apropiado”. Como sea, Isaac condenó la suerte de ambos justo en este lugar. Así

es, el proyecto *Médium* comenzó a irse a la mierda en este mismo bar. Fue aquí donde se conocieron Isaac y Julia.

>>Debió verlo. El tipo daba pena. Su cuerpo empapado en sudor. Sus manos temblorosas. Las gafas cayéndosele del rostro. Isaac nunca había estado tan nervioso, ni siquiera en los exámenes de la Universidad. ¿Los recuerda, Tanner? ¿Recuerda aquellas sesiones maratónicas? Pues bueno; aquella noche, en el festival de invierno del Barrio Amarillo, el pobre Isaac decidió entablar conversación con nada menos que la estelar del ballet de la capital, con Julia, y ni siquiera la más cruenta de las pruebas académicas le hizo sufrir tanto.

>>Estaban justo ahí, donde está usted sentado. ¿Quiere saber qué dijo Isaac? No va a creerlo. El muy romántico llegó con una margarita en mano y señaló al cielo. Acto seguido, el hombre explicó que gran parte de las estrellas poblando el firmamento están muertas desde hace milenios. Dijo que la luz del cielo nocturno es tan solo el remanente de billones de estrellas, cuya materia se extinguió tiempo atrás. Después lanzó un discurso medio preparado sobre lo fugaz que es nuestro paso por el universo. Julia se sonrojó como una manzana aunque,

probablemente, quizá ella tenía completo conocimiento de ese inútil dato.

>>Sea como fuere. Las palabras de Isaac dieron resultados, y los dos bailaron y conversaron por varios minutos. Yo, por mi parte, me limité a observarlos desde el otro extremo del bar, y no le miento, Tanner, aquella noche fui muy feliz. Nuestro buen amigo, el más raro y retraído de todos, el más brillante, el más sereno, el que no tenía otro amor más que el laboratorio, por fin sonriendo, al lado de una linda chica.

>>¿Quién lo diría, no es así, general? Un físico y una bailarina. ¿De qué tanto hablaban por las tardes? ¿Qué tenían realmente en común? ¿Cómo pasaban el tiempo juntos? ¿Por qué el destino había decidido unirlos así sin más? Esas y otras tantas preguntas poblaban mi mente mientras la relación florecía al inicio del siguiente año. Se lo digo, general; desde el festival de invierno, Isaac no tuvo ojos para nadie más. Y no solo eso, me atrevo a decir que el *Médium* progresó como nunca gracias a Julia. No sé cómo explicarlo, pero no hay duda; el hombre lucía completamente renovado, pleno, alegre, incluso un tanto extrovertido. Se lo digo, Tanner, inspirado por su musa, Isaac logró increíbles avances durante los siguientes años.

Y los días viernes, en la terraza del Jericó, ambos se daban cita, semana tras semana, bajo las estrellas.

—Qué belleza. Pero agotas mi paciencia. Además te contradices, primero dijiste que en este sitio el *Médium* fue condenado al fracaso, ahora aseguras que la chica inspiró el genio inventivo de Isaac. Por suerte para ti, cretino, yo jamás desperdicio un buen Macallan. Continúa. —Tanner dio un pequeño sorbo a su vaso, con el ceño aún fruncido.

Antonio tragó saliva.

—Decía yo. Todo parecía ir de maravilla. Vi con mis propios ojos cómo el *Médium* superaba con éxito sus primeras pruebas. Usted debe recordar aquellos viejos informes, ¿cierto? Parecía que estábamos tan cerca. Fue entonces cuando Isaac llegó a mi oficina. El hombre mostró una timidez exagerada ante mi presencia. Se le veía cabizbajo. Entonces nuestro viejo amigo me presentó una solicitud sumamente peculiar. Verá usted, Isaac pidió mi permiso para formar una familia.

>>Días laborales de ocho horas, dos semanas de vacaciones al año, sábados y domingos libres para dedicarle tiempo a Julia y al niño que esperaban. Ya sabe. Lo normal para cualquier oficinista; pero no para nosotros, Tanner,

no para los científicos de la Universidad. Ya imaginará usted mi reacción. El mejor miembro del equipo de física experimental, hablándome sobre reducir horas en medio del proyecto más importante de la historia, en el que el gobierno ha invertido una fortuna...

>>Por supuesto expresé mi inconformidad; le grité, lo sancioné, lo humillé. Condené su falta de compromiso hacia el Imperio. Él, a partir de entonces, se dedicó a romper el corazón de Julia poco a poco. No hubo más noches juntos en el Baja 5, se canceló la boda, perdieron al bebé, e Isaac entregó su alma entera al *Médium*. Sí. Fue ahí cuando desarrollamos el primer prototipo. Fue ahí cuando la teletransportación de materia casi se vuelve una realidad. La era más próspera del proyecto. La época en que Julia e Isaac finalmente se separaron.

>>Ambos continuaron su vida por cuenta propia. Jamás volvieron a hablarse. No obstante, aún después de haber terminado la relación, Julia seguía frecuentando el Baja 5, en el techo del Jericó, para mirar las estrellas muertas que alguna vez usó Isaac para conquistarla. No miento, mi viejo amigo, el camarero puede confirmar ese dato. A pesar de los constantes desprecios, a pesar de que su amado estaba entregado en cuerpo y alma a sus superiores, Julia

venía aquí todos los viernes, en honor a la familia que nunca tuvo.

>>Años después, en el verano de 2094, ella falleció a causa de una severa y repentina enfermedad. Tras conocer la noticia, nuestro colega nunca fue el mismo. Me apena bastante reconocerlo, pero esa es la única versión que el mundo recordara de él. Errático, descuidado, impulsivo, ebrio. Incapaz de completar las más sencillas tareas por cuenta propia. Violento ante la menor provocación. Desde hace cuatro años, ese es Isaac ante los ojos de la Universidad. Lo confieso, Tanner, durante los últimos meses he sido una ridícula fachada, un hipócrita, un mentiroso cuando se trata de reportar los resultados del proyecto *Médium*. Y fui yo quien hice pedazos a Isaac. Fui yo quien borró por siempre su sonrisa. Yo, exigiendo a gritos el progreso de su comisión.

>>Ahora me pregunta: “¿dónde está Isaac? ¿Qué fue del prototipo? ¿Qué va a ocurrir con el proyecto *Médium*?” Como bien sabe, Isaac borró todos los documentos relacionados con su investigación antes de desaparecer de la faz de la Tierra; no obstante, creo tener una idea. Es apenas un indicio, un presentimiento, o quizá un deseo...

>>Bueno, resulta que no solo se desvanecieron los expedientes y el prototipo, sino también un mini-WEBB, el telescopio de bolsillo más potente que se ha desarrollado en la Universidad. Esa fue una de las pistas que me ayudaron a entender a donde había ido Isaac. También encontré estas coordenadas. ¿Recuerda todavía cómo leerlas Tanner?

Antonio extendió un trozo de papel. El general arrebató las coordenadas con brusquedad, y las miró fijamente durante un par de segundos.

—¡Es un lugar en medio de la nada! —exclamó Tanner. —Isaac no duraría ni cinco minutos vivo en ese lugar. Es un planeta desierto. Es un suicidio ¿Por qué iría uno de los científicos más brillantes de la historia a morir a un lugar así?

Antonio bebió otro trago antes de responder.

—Es una pregunta que me he hecho por años. Pero creo tener la respuesta. Viendo las cosas en retrospectiva, Isaac nunca se perdonó el haber dejado a Julia por la Universidad. Nunca lo había visto tan feliz como cuando estaban juntos, ni tan triste como el día de su muerte. Entonces, yo creo que Isaac fue a ese rincón en medio de

la nada, solo para apuntar su mini-WEBB en dirección al mismo edificio en el que estamos ahora.

—¿Nos está viendo ahora mismo? —preguntó Tanner, algo confundido.

—Por supuesto que no —respondió Antonio, levantando la vista al cielo. —Lo que él está viendo es la luz que ha estado viajando por el espacio durante cuatro años. Isaac viajó a ese lugar, sabiendo que moriría en pocos minutos, alejado de todo lo que alguna vez conoció, sólo para ver a Julia una última vez.

Hubo un silencio prolongado. Seis segundos se volvieron eternos.

El general por fin dijo:

—Sin duda, colega, el amor es una cosa extraña. Con el clima político actual, puedes estar seguro: ya enviaron a alguien para cazarnos... Me imagino que no importa quién jale del gatillo después de todo.

Tanner por fin guardó el arma en su bolsillo, pidió dos whiskys más, miró a los ojos a su viejo amigo por primera vez en toda la noche, y alzó su vaso en señal de brindis.

—¡Por Isaac!

LA ESPOSA DEL MUNDO

NG YI-SHENG

¿Ve ese planeta?

Ese es su esposo, Sra. Pang.

Nuestra mejor suposición: asfixia, en los quince segundos posteriores a su liberación de la cápsula de escape. Por cierto, ¿sabía que los cuerpos no explotan en el vacío del espacio? Mito común.

El equipo de extracción ha elaborado un informe completo sobre el sitio del desastre de Angkasa 3000. Han examinado los restos. Localizaron los cuerpos de todos los miembros de la tripulación. Los han transportado a la base para conmemoración y estudio, y en el caso de su esposo, para arreglos funerarios. Solo para confirmar, ¿ha pedido recuperar su cuerpo para el entierro?

Bueno, es complicado, Sra. Pang.

Primero, debe considerar que la materia orgánica no se descompone de la misma manera en el espacio exterior:

no hay humedad, no hay oxígeno, no hay microbios. El calor residual y los gases se disipan en el vacío, dejando atrás un cadáver deshidratado y esponjoso... como... ¿puede imaginarse un helado de astronauta?

Mis disculpas, Sra. Pang. Y una vez más, mis condolencias.

De todos modos, parece que su esposo ha experimentado un proceso altamente excéntrico de descomposición. Según podemos decir, la expulsión de su último aliento formó una atmósfera primitiva alrededor de su cuerpo, permitiendo que la energía y la materia se conservaran en un bucle cerrado. Luego observamos el rápido inicio de la autólisis, que implica la ruptura de las membranas celulares, la calcificación y la licuefacción de varios tejidos, la separación de los fluidos vitales en compuestos más básicos y, finalmente, la formación de tres estratos distintos en los restos, a saber, fósil, arcilla y agua.

En consecuencia, si me permite acercarle el holograma, Sra. Pang, observará que su esposo ha asumido las características de un pequeño planeta terrestre, en algunos aspectos muy similar a la Tierra.

Sí. Como dije, todo es muy excéntrico. ¡Mire, esa es su cabeza!

¿Cómo?

Bueno, su carne se convirtió en el suelo, sus huesos en las montañas, su sangre en los ríos y mares, su cabello en los bosques y campos, su sudor en la lluvia, su flatulencia en el viento, su médula en magma, su microbioma en la flora y fauna de su ecosistema personal...

Oh, ¿se refería científicamente a "cómo"? Hay una teoría de que fue infectado con un bicho de nuestro laboratorio de nanotecnología para la terraformación. Pero soy escéptico, ¿sabe? He estado en sus oficinas centrales. Esos idiotas ni siquiera pueden mantener vivo un estanque de carpas.

Y no es completamente sin precedentes. Hay historias apócrifas de fenómenos similares en nuestros archivos. Los sumerios creían que nuestro mundo se formó a partir del cadáver del dios caos Tiamat. Los nórdicos afirmaban que era del gigante de hielo Ymir, y los aztecas, del monstruo marino desmembrado Tlaltecuhltli. Pero es la primera vez que tenemos evidencia objetiva de tal actividad cosmológica, lo cual es terriblemente emocionante. No hablo a la ligera cuando digo que la comunidad científica está eternamente endeudada...

Sí, muy bien observado, Sra. Pang.

Su ojo derecho se convirtió en un sol y su ojo izquierdo en una luna. ¡Ambos en órbita circadiana alrededor de su cuerpo!

Como dije, todo es muy excéntrico.

No, temo que todavía está muy muerto según nuestros estándares. No hemos detectado rastro de actividad eléctrica en su cerebro. ¿Sería reconfortante saber que su hipotálamo es un importante lugar de turismo religioso y cultural?

Mis disculpas, Sra. Pang. Debería haber mencionado esto antes. Hemos encontrado vida inteligente en su esposo.

¡Eso es lo que pensamos! Pero claramente ha habido alguna compresión localizada del espacio-tiempo, lo que ha permitido que la evolución avance a un ritmo impresionante. Creemos que descienden de las bacterias intestinales de él, o posiblemente de un parásito del tracto digestivo; y han desarrollado filosofía, literatura, música, agricultura, gobierno centralizado, planificación urbana, la rueda, la brújula, la imprenta móvil...

¡Esa es la mejor noticia de todas, Sra. Pang!

Adoran a su esposo como a un dios. No uno de los útiles, cabe destacar: nadie reza a él; nadie espera que haga algo.

Pero es un ser crítico y primordial cuyo sacrificio forma la base de su historia de creación. Debería estar orgullosa.

Sí, hemos conversado. Son diabólicamente inteligentes, sabe. Aprendieron español muy rápido.

Ah, ahora es donde se pone incómodo. Parece que el equipo de extracción fue un poco torpe durante el procedimiento de salvamento. Y al recuperar a su esposo, podrían haber desencadenado inadvertidamente un apocalipsis menor...

Es imposible dar un recuento preciso de muertes. Dicen que fue alrededor de cinco o seis billones, aproximadamente el 99.8% de su población. Pero no confiaría en los números. Todo se pierde en la traducción; usan un sistema de conteo en base 37, ¡por amor de Dios!

Sí, Sra. Pang. Los sobrevivientes estaban extremadamente enfadados. Juraron venganza, de hecho. Y temo decir que durante el viaje de regreso de la nave, mientras se escondían en sus cavernas subterráneas del sistema linfático, hicieron avances verdaderamente asombrosos en tecnología...

No estoy seguro. Pero sea lo que sea, ganaron.

Encontramos a la mitad del equipo de extracción muerto al llegar. Afortunadamente, la otra mitad pudo

abrir canales de comunicación y explicar sus motivos detrás de la destrucción de su planeta natal. Y no hay una manera fácil de decir esto, pero...

Bueno, la culparon a usted.

No hay necesidad de ese tipo de lenguaje, Sra. Pang. Tenemos la prueba en el papeleo: fue usted quien exigió la posesión del cuerpo de su esposo. Además nuestro equipo estaba traumatizado. Y difícilmente iban a culpar al CEO. Después de todo, él firma sus cheques.

¡Oh, y esto podría interesarle: han encontrado una forma de incorporarla a su mitología! Así como su esposo era un Dios de la Creación, a usted la han elevado a una Diosa de la Carnicería y el Holocausto. Tenemos algunas pinturas al óleo bastante sensacionales que podríamos mostrarle...

¿No?

Bueno, el siguiente paso es una cuestión de cierta urgencia. Me informan que durante las últimas horas, la especie ha desarrollado armas capaces de destruir la Tierra en represalia por lo que hicimos a su planeta.

No es necesario llegar a eso, Sra. Pang. En realidad, no están empeñados en nuestra extinción. Afortunadamente

para todos nosotros, el objetivo principal de su represalia es usted.

Sí, comparto sus preocupaciones. Pero me aseguran que son una especie civilizada, tan capaz de empatía y misericordia como nosotros.

¿Por qué? Porque están justo al lado, Sra. Pang. Están esperándole. Han estado esperando durante generaciones, y se impacientan.

Una vez más, mis condolencias.

¿Qué va a decirles?

LESLIE LANG, RECOPIADORA

MÓNICA CHÁVEZ

I. Resistencia

El tren por fin se detuvo y, con el profano deseo de encontrar una imagen que perturbara su alma, Leslie Lang abrió la puerta del vagón central. La niebla bañaba el desolado andén número 13. Los lamentos de viejas memorias helaban la atmósfera de la estación. A pesar del tétrico paisaje, la recopiladora no sintió nada en lo absoluto. Aquello resultaba sumamente problemático pues Leslie había sido enviada para recopilar la más genuina reacción.

Mientras avanzaba a través del corredor, Lang ajustó el chip conectado a su nuca con la esperanza de corregir la situación. No dio resultado. La ausencia de sensaciones seguía ahí, acechándola, amenazando con

volverla obsoleta. Se trataba de su tercera visita a la estación en el transcurso de aquella semana. Quizá ese era el problema: estaba exigiéndose demasiado; tal vez un descanso le vendría bien. Algunos recopiladores se ausentaban por varios días antes de cazar un nuevo *archivo*. Otros optaban por usar el tren lo más posible antes de generar resistencia. En el caso de Leslie, la obstrucción ahora parecía irreversible. Debía concentrarse.

Tras cruzar la terminal y bajar la escalinata de piedra, la recopiladora se dirigió hacia el noroeste. Caminó con paso apresurado sobre el suelo irregular, rodeando los escombros de concreto que abundaban en las callejuelas. Luego miró su celular para confirmar la ubicación por última vez; a un par de cuadras de distancia se hallaba el *archivo*.

El viento silbaba una extraña melodía. Leslie ya la había escuchado en otras ocasiones. Era aguda y sombría. Estaba diseñada para transmitir desasosiego. Por desgracia para Lang, de momento no estaba surtiendo efecto. Después de recopilar un total de doscientos treinta y cuatro archivos, aquel silbido, antes lóbrego y siniestro, resultaba tan discreto como un suspiro. Ni el gris del cielo generó alguna reacción. Probablemente Leslie ya era obsoleta.

Por regla general, la gente de su tipo se retiraba del oficio antes de alcanzar la centena de recopilaciones. A decir verdad, los efectos de la resistencia ya eran notorios desde el archivo número ochenta. Por fortuna, fue ahí cuando Lang dio con una técnica novedosa, un método infalible para generar las reacciones más viscerales, las emociones más grotescas: el alimento perfecto para el chip anclado a su cabeza. Esta vez no sería la excepción. Leslie se preparó para ejecutar su plan una vez más.

Se soltó una lluvia torrencial. Las nubes se arremolinaron en extraños patrones. Así era el clima en la bóveda de recopilaciones: agresivo, intimidante, de naturaleza impredecible, tal como los archivos. El fango se acumuló en las botas de Leslie. La humedad se filtró en su chaqueta de cuero. Los cristales de los edificios contiguos no alcanzaban a reflejar por completo su figura, estaban rotos e incompletos, igual que todo lo demás.

Llegó al destino marcado por el celular. Frente a ella apareció una pequeña casa de color blanco, en contraste con el mundo derrotado de alrededor. La fachada tenía una puerta de picaporte dorado. Sin pensarlo dos veces, la recopiladora acudió al interior. Al centro se encontraba un hombre viejo y delgado, sometido, recostado sobre su

lado izquierdo, abrazando sus rodillas con ambas manos. En el fondo de la habitación, sobre una mesa de acero inoxidable, una colección de herramientas para lo macabro se desplegaba reluciente y seductor.

Leslie analizó la escena. Se trataba de un archivo recurrente. Una solicitud de lo más común. Un cliché aburrido para quien ha recopilado por dos años sin parar. Aún así, ella debía cumplir con la misión. Alguien había pagado un buen dinero para disfrutar la fantasía. El chip de simulación prestaba la escenografía. Ella solo debía sentir algo. Para facilitarse las cosas, durante el jolgorio, Leslie pensó en Ronda, su novia. Sustituyó en su mente las facciones de la víctima. Hizo la tarea. Pareció que las náuseas acudirían al encuentro. No fue así.

Despertó.

—Lo siento, querida —dijo Sandro, inclinando su pálido rostro hacia un costado —así ya no me sirves.

—La vez anterior no estuve tan mal —respondió Lang, decepcionada, arrancando el chip de su nuca. Sus ojos le ardían. Adaptarse al mundo real tomaba un par de minutos.

—La vez anterior fue una orgía con pilotos espaciales, eso hasta yo lo quisiera recopilar. —Sandro soltó una risita; acarició su largo cabello mientras recordaba la escena; sacudió su delgada figura en un repentino escalofrío.

—Me has estado dando archivos difíciles.

—Oye, este era sencillo. Además, ya sabes que yo no puedo saber qué habrá en las simulaciones. No funciona así.

—No había contexto. Todo estaba blanco. Necesitaba más.

—¿Qué más quieres, reina? No necesitas contexto. No seas chismosa.

—Un motivo. Algo. Algo que me haga sentir. Conectarme con el archivo...

—¿De qué mierda hablas? De verdad, deja de hacerme perder el tiempo, mi amor. Estás despedida. —La sonrisa de Sandro cambió a una mueca de desaprobación. El tipo hablaba en serio.

—Pero...

—¡Obsoleta! ¡Despedida!

—Dame uno más. —Leslie tomó a Sandro por el antebrazo, suplicando otra oportunidad.

—¿Para qué? Para que lo echas a perder también. Hasta la imbécil de Wanda tiene más corazón que tú. El tuyo ya caducó.

—Necesito un poco más...

—Da asco. Está podrido...

—Por favor...

—La mayoría ahorra seis meses, doce como máximo, y se largan de aquí. ¿Qué te hace diferente? ¿A quién le debes?

—Necesito más, Sandy.

—Adiós, Lang.

Sandro azotó la puerta del camerino.

Leslie dio medio vuelta. Suspiró. Alzó la mirada y contempló la docena de burócratas que reposaban sobre los amplios sillones de *La Escondida*, el bar de fantasías emprendido por Sandro. En alguna otra época, Lang habría repudiado a aquellos hombres. Hoy en día, con o sin el chip recopilador, su alma parecía estar vacía. Indiferencia absoluta.

Caminó en dirección a la salida pasando a un lado de los doce clientes, todos ellos recostados, con ojos cerrados, devorando las nefastas aventuras archivadas por Leslie, *la imbécil* de Wanda y los otros recopiladores. La mitad de los usuarios presentaba espasmos repentinos, balbuceos

esporádicos, reflejos musculares, síntomas de sus podridos placeres.

Previo a su primera visita a *La Escondida*, Lang se preguntó por qué *alguien* debía ir por los archivos en persona. Creyó que aquello no tenía sentido. ¿No sería más sencillo simplemente simular las fantasías solicitadas por los clientes? ¿La tecnología no daba para más? El tiempo le había dado la respuesta, por supuesto. Una cosa era proyectar ilusiones, otra muy distinta el sentir en carne propia sus efectos. Dopamina, serotonina, norepinefrina, toda clase de estímulos, toda clase de neurotransmisores, cuidadosamente recopilados en el camerino de Sandro. El opio ideal para el burócrata moderno, aquel ansioso por satisfacer sus morbosos apetitos al margen de la ley.

El suelo de marfil resonaba al contacto con sus botas. El sonido hacía eco en las amplias paredes púrpura. Al llegar a la salida, Leslie echó un último vistazo al local. Miró el rostro de los durmientes, hombres de todas edades. Una vez más, la indiferencia prevaleció. Azotó la puerta por fuera y anduvo por la avenida principal de la Ciudadela. Era el mediodía. Los ciudadanos decentes trabajaban en los rascacielos. Las calles de la capital, así como la conciencia de Lang, estaban desiertas.

No tardó mucho en llegar a la estación de trenes, la real, no la tétrica de hace un rato. Cabizbaja, abordó uno de los vagones hacia los suburbios del sur de la ciudad. El cabello oscuro, lacio y largo caía sobre sus hombros.

Los trenes se desplazaban en innumerables rieles serpenteando alrededor de los colosales edificios. Brillantes proyecciones danzaban sobre las paredes. Jardines colgantes adornaban las gigantescas estructuras. Ninguna de aquellas magníficas visiones removi6 las fibras del corazón de Leslie aunque, a decir verdad, todos los habitantes estaban ya acostumbrados a la belleza de la capital; su majestuosidad resultaba cotidiana.

Obsoleta. El pensamiento la acompañó durante todo el trayecto. Por fin había sucedido. Sus días como recopiladora habían terminado. Aunque la idea parecía amenazante, ella no sintió miedo, ni preocupación, ni tampoco ira. Tampoco estaba triste. Quizá solo un poco decepcionada, pues aún no tenía ahorrado lo suficiente, y Ronda la esperaba en casa, inm6vil, como todos los días, irremediamente postrada en cama.

Por desgracia, el plan no había dado resultado. La idea original fue acudir a *La Escondida* durante un par de años. Para ello hubo de renunciar a su empleo

en la oficina de transportes; no obstante, el costo del tratamiento para Ronda era demasiado alto. Trescientos archivos capturados en chips neuronales. Esa era la meta. El dinero recibido ayudaría a pagar la renta del pequeño departamento en los suburbios; supuestamente, también cubrirían la transferencia del cerebro de su novia hacia un cuerpo sano.

Minutos más tarde, Leslie llegó a casa. El olor a bergamota le fue irrelevante. Arrastró una silla hacia el borde de la cama, y dio inicio al ritual de la tarde. Acarició el cabello castaño de Ronda. Removió el camisón. Pasó una toalla húmeda por el cuerpo inerte. Después secó la delicada piel, y se recostó a su lado, extendiendo ambos brazos para fundirse con ella en un prolongado abrazo.

Ambas suspiraron al mismo tiempo. Antes del accidente, Ronda aprovechaba momentos como este para morder juguetonamente el oído de Leslie. Ahora, la chispa de su amor se veía reflejada solo en el brillo de sus grandes ojos. Ronda lo decía todo con tiernos pestañeos. Lang, por su parte, se esforzaba al máximo en corresponder. Pero sus caricias eran más bien una rutina; sus halagos, resultado de la inercia; un hábito añejo y escueto, agravado por las insanas labores de recopilación.

Y Ronda no sospechaba. Así era mejor.

II. Alternativa

—Hasta para ti esto es bajo. —dijo Sandro, atónito.

Leslie lamió su labio inferior, luego intentó explicar:

—Créeme, ella está de acuerdo. Ayer hablamos al respecto. Quiere hacerlo.

Desde la silla de ruedas, Ronda pestañeó.

Sandro se acercó a su oído.

—Dime, linda. Entiendes de qué va todo esto, ¿cierto?

Otro pestañeo.

—Significa que sí, dos es...

—¡Cállate, Lang! No estoy hablando contigo —interrumpió él de inmediato, después susurró en dirección a Ronda —por si ella aún no te lo ha dicho, se trata de lo siguiente. Nadie sabe qué verás después de abandonar la estación. Ni siquiera yo. Es un misterio. Los pedidos son anónimos. Así debe ser. Verás, un archivo es más útil tras experimentar situaciones inesperadas. Los clientes ya saben qué tipo de situación quieren vivir. Los muy enfermos han imaginado la fantasía en incontables ocasiones. Pero tú, querida, tú eres la estrella principal, la

primera en sentirlo realmente. Y lo que sea que sientas, lo que sea que recopiles en este pequeño dispositivo, hará que el cliente estalle de emoción. El factor sorpresa, querida. La primera reacción. De eso se trata este negocio. Pagado en efectivo según tu desempeño, claro. ¿Quieres hacerlo?

Un pestañeo más.

—Uff. Qué muchachas. Y yo que creía haberlo visto todo... Tráela al camerino, Lang.

Y eso hizo.

El cuarto estaba parcialmente oscuro. Una pequeña lámpara colgaba al centro. Altos espejos cubrían las paredes. El piso de madera lucía viejo y descuidado, algo extraño comparado con el resto del inmueble. La silla de ruedas y su ocupante fueron llevadas al centro de la habitación. Sandro las acompañó, conectó el chip neuronal en la nuca de Ronda, luego definió los parámetros de recopilación usando su computadora de simulaciones, asignando una solicitud de forma aleatoria. La chica durmió de inmediato, y Leslie esperó cruzada de brazos.

El dueño de *La Escondida* guardó silencio. Lang intentó reflexionar sobre las mentiras que dijo la noche anterior. Sandro estaba en lo correcto, Ronda no tenía idea de en

qué se estaba metiendo. Pero en Leslie no hubo culpa, ni remordimiento, ni siquiera algo de preocupación. Quizá solo un poco de alivio. Si las cosas salían bien, podrían pagar el tratamiento en unas cuantas semanas.

Pasaron varios minutos. Afuera del camerino, varios clientes comenzaron a poblar el salón principal. Tomaban su asiento asignado, conectaban por cuenta propia el chip, y disfrutaban de sus recopilaciones personalizadas. Tras las breves sesiones, algunos charlaban en voz baja, con bebida en mano, para compartir las sórdidas experiencias. Presumían sus ocurrencias, parafernalias del gozo relatadas a detalle. Descubrían filias ajenas y anidaban fetiches no explorados.

Se cumplió una hora y media. Un tiempo bastante prolongado. Sobre todo para tratarse de su primera recopilación. Leslie preguntó:

—¿Qué está haciendo?

—Lo de siempre —respondió Sandro.

—¿Qué es?

—Algo de rutina. Muchos involucrados. No quieres saber.

—¿Wanda no va a venir hoy? Creí que le tocaba sesión los jueves.

—Indispuesta. Su último archivo la dejó intranquila.

—Una semana es suficiente para descansar.

—Tiene flojera, no sé. Pregúntale. Llámala.

Leslie suspiró.

Desde el otro lado de la habitación, Sandro mantenía la vista atenta a su computadora de simulaciones.

Entonces Ronda abrió los ojos. Miró hacia todos lados, después en dirección a Leslie.

—¡Amiga! ¿Cómo te fue? ¡Cuéntamelo todo! —gritó Sandro, su entusiasmo contrastaba con la apatía de Lang.

Varios pestañeos.

—Ay, no me digas. Qué hermosa. ¡Amo tus ojos!

El dueño del bar desconectó el chip, revisó el archivo digital en su computadora, y sacó su cartera. Entregó treinta mil dólares a Leslie.

—Lang, sonrío un poco, por favor. ¡Estás de vuelta en el negocio, amiga! Ja, ja, ja...

—¿Tanto? —Leslie tomó los billetes. Los guardó de inmediato en su chaqueta.

—La primera vez siempre es la mejor. Regresen la próxima semana. Tomarán el lugar de Wanda.

—¿Es un hecho? ¿Wanda ya no va a venir?

—Qué entrometida eres, de verdad. Bueno, ya. Ya váyanse. Descansen.

—¿Puedes decirme qué vio?

—Ya te dije que no se puede.

—Es que ella no...

—Ay, ya. ¡Adiós!

Sandro azotó la puerta del camerino.

Ambas salieron del local. Avanzaron rumbo a la estación de trenes. En otras circunstancias, Lang habría notado las lágrimas rodando sobre las mejillas de Ronda; sin embargo, su mente obsoleta solo pensaba en el dinero en su bolsillo.

III. Ronda, curada

Semanas más tarde la mente de Ronda reunió los fondos necesarios. Había recopilado una veintena de archivos en el bar de ilusiones. Las visitas a *La Escondida* ocurrían casi a diario; Sandro tenía bastantes huecos en su agenda a consecuencia del ausentismo de uno que otro recopilador. Y ellas aprovecharon cada oportunidad. A veces hubo sesiones dobles. No importaba. Sandro pagaba bien. Los archivos eran de alta calidad. Por las tardes, los rituales en

la intimidad del departamento mantenían un tono sobrio. Ronda hacía lo posible por no estallar en llanto, y Leslie nunca lo notaba.

Corría un viernes por la mañana. La luz se filtraba a través de las viejas cortinas del departamento. Un haz de esperanza bañó las cuatro paredes de la habitación. Mientras reposaban frente a frente, acostadas en la cama, Leslie dio la buena noticia:

—Lo lograste. Ya tenemos lo suficiente. Vas a poder moverte de nuevo. Hoy tenemos cita con la Diseñadora.

Leslie sujetó las manos de Ronda, quien mostró un profundo alivio en su prolongado pestañeo. Un beso seco culminó el aviso. Minutos más tarde, abordaron el tren hacia las Fábricas del Norte.

Lang llevaba una mochila en la espalda. Tenía ahí todo el dinero reunido durante los meses previos, todo el peso de múltiples sueños ajenos ya cumplidos. Por fin había llegado la hora de satisfacer el propio, quizá el único que mantenía a Leslie con vida. Colosos de concreto y acero se divisaban a ambos costados del vagón. Las grises estructuras emitían una densa nube negra. Los vapores de las calderas generaban un olor nauseabundo. Por un

momento Lang creyó estar de vuelta en el camerino de Sandro, con un chip en su nuca; en ese lado de la ciudad sería difícil notar la diferencia.

Llegaron a la última estación. Al otro extremo del andén, oculta entre las sombras, una figura alta las esperaba en la puerta de salida, cruzada de brazos. Portaba un abrigo largo y una capucha sobre la cabeza. Si bien era imposible distinguir su rostro, no había nadie más en el andén. Debía ser ella.

Leslie empujó la silla de ruedas. No hubo nervios, tampoco ansiedad. Quizá solo algo de curiosidad, pues la Diseñadora tenía una reputación excepcional. Ella era la única persona capaz de realizar el procedimiento que Ronda necesitaba. Llevarlo a cabo era completamente ilegal, claro.

—Buenas tardes, traje el pago —dijo Lang.

La misteriosa mujer posó su dedo índice sobre los labios, exigiendo silencio. Extendió la mano para recibir la mochila, la colgó sobre su hombro, y sujetó las agarraderas de la silla de Ronda. Dio un par de pasos hacia la salida de la estación, y Leslie las siguió.

—Tú no —dijo la Diseñadora, su voz era suave, como de seda, pero firme a la vez.

—Es que...

—Tú no.

Lang acató la orden. No había más que hacer. Seguramente el quirófano de la Diseñadora tenía una ubicación secreta. Si el procedimiento daba resultado o no, solo el tiempo lo diría.

La tarde del sábado transcurrió a cuentagotas. Nada fuera de lo normal. Para un alma obsoleta como la de Leslie, cada segundo era un eterno vacío. Daba igual si era de día o de noche, si afuera estaba soleado, o si arreciaba una tormenta. Porque todo daba igual. ¿Qué podría alterar a una mente que lo ha visto todo, que ha navegado entre las más cruentas ficciones, que ha vivido en carne propia el azote de toda quimera? Vacío. Un fantasma viejo. Un corazón marchito. Eso era Leslie.

Más por obligación que por gusto, Lang se vio arrastrada hacia una serie de tareas domésticas bastante postergadas. Limpió ventanas, sacudió muebles, pulió superficies. Lavó sábanas y cobertores. Luego dedicó varios minutos en intentar tender la cama, pero no daba con el resultado esperado. Probó con varios estilos, con diferente orden de almohadas, y ninguno era el correcto. Se conformó con

un resultado medianamente aceptable, después se echó a dormir por encima de las cobijas.

Estaba cansada. Demasiado como para soñar. Hacía mucho que no experimentaba un sueño. Probablemente así era mejor. Con el bar de ilusiones tenía suficiente.

El domingo por la mañana una mujer alegre abrió la puerta del departamento, se acercó de inmediato a la cama donde, en esta ocasión, era Leslie quien yacía inmóvil, y la despertó con un beso prolongado. Fue húmedo, recio y profundo. Al abrir por completo los ojos, Leslie descubrió el nuevo cuerpo de Ronda frente a ella. Era terso, vibrante, móvil. Un clon perfecto, sano, con todo en su lugar, incluida esa mirada que albergaba solo amor. Ronda lo usó de inmediato. Entregó todas las caricias pendientes, cobró con creces la deuda de pasión que la vida le debía. El tacto era exquisito. Las sábanas se arremolinaron entre ellas. Un palacio del deseo. Un convite de abrazos.

Aunque no para Leslie.

Ronda se detuvo.

—¿Algún problema? ¿Qué tienes?

—Nada. Es que... te extrañaba mucho —mintió Lang.

—Ya sé. Yo también —dijo Ronda, entre risas juguetonas. Luego reanudó los besos.

Pero algo andaba mal.

—Es que... estaba pensando que...

—Ese es el problema. Deja de pensar, ja, ja. —Ronda volvió a las caricias.

—Es que...

—¿Qué pasa? —Ronda se detuvo nuevamente.

—Gastamos todo en la transferencia. No hay nada.

—No tienes que pedírmelo. Entiendo que es difícil para ti ahora. Puedo hacerlo un par de veces más.

—No sé. ¿Segura que quieres hacerlo? —preguntó Leslie.

—Pensé en ello durante todo el camino. —dijo Ronda al tiempo que guiñaba un ojo. Y su sonrisa era radiante.

IV. Último archivo

—Mírate nada más. ¡Estás divina! ¿Qué sigues haciendo con esta escuálida? Te voy a presentar a unas amigas —dijo Sandro; se acercó al nuevo cuerpo de Ronda, y posó sus manos sobre los hombros de la joven.

—Gracias, pero estamos bien. —Ronda sujetó con fuerza la mano de Leslie. —¿David vino hoy? ¿O tienes tiempo para mí?

—¿David? Uy, no. Otro más que se me va. Ya no he sabido de él.

—¿Tan pronto? Empezó después de mí.

—¡Ay, déjalo! No todas son unas maniacas como ustedes. Además, tú ya tuviste muchos últimamente. No seas abusiva. Vas a quedar igual que ésta. —Sandro señaló a Lang con la cabeza.

—Estoy bien. Solo serán un par más.

—Cómo tú digas.

Mismo procedimiento. Los tres acudieron al camerino, al santuario de los sueños podridos.

Sandro preparó los sistemas, tecleando a toda velocidad las configuraciones del *archivo* a recopilar. Leslie esperó al lado de la puerta. Ronda tomó asiento al centro del lugar, conectó el chip recopilador, y durmió al instante.

Pero no por mucho tiempo. Porque esta vez la sesión duró apenas un pestañeo. Algo inusual. Inaudito. El dueño del bar revisó su computadora, solo para corroborar que no se tratara de un error; no obstante, el archivo

estaba ahí. Ronda lo había recopilado en apenas un par de segundos. Ella despertó con un sobresalto. Su respiración era agitada. Giró la cabeza de forma violenta en todas direcciones, pues sentía que la realidad se agrietaba frente a ella.

—Ten. Llévate todo lo que hay aquí —dijo Sandro de forma apresurada, entregando a Lang toda su billetera, luego las empujó hacia la salida.

Ronda seguía en mal estado; abría y cerraba sus manos de forma constante, sin decir una palabra.

—¿Qué es? —preguntó Leslie.

—¿Qué es qué? —respondió él.

—El archivo, Sandy. ¿De qué trata?

—Ay, ya te dije que no se puede saber. Es secreto. Solo el cliente puede. Pero han estado pagando muy bien por estos archivos cortos...

—Es que nunca he visto que...

—Ya, ya. Déjala. Solo necesita descansar. Váyanse. Cómprense algo bonito. No les vendría mal. A ella le queda cualquier cosa, pero tú sí tienes que producirte más.

La puerta del camerino se cerró de golpe.

Ambas volvieron al departamento.

Y no hubo caricias, ni besos, ni mordidas juguetonas, pues Ronda realmente necesitaba reposo. No estaba claro por cuánto tiempo, pero una semana no pareció ser suficiente, su mirada aún se veía vacía. Leslie prefería no molestarla con preguntas, y cuando las hubo las respuestas se limitaron a sencillos: "bien", "sí", "no", "gracias". Desayunaban juntas, fueron de paseo, caminaron por las calles de la Ciudadela en varias ocasiones, y nada dio resultado. No se trataba de una des-sensibilización. Parecía algo distinto. Sin duda era muy temprano como para que Ronda fuera obsoleta. Lo de ella parecía una desconexión total con la realidad.

Más silencio. Más quietud. La situación tenía a Leslie bastante confundida. Creció en ella una cierta incomodidad en su pecho. Le resultaba aplastante. Ronda estaba ahí, por fin, pero no del todo. Hubo duda y algo parecido al agobio. Porque a pesar del accidente, y de las idas y venidas a *La Escondida*, Lang jamás había concebido la vida sin ella, hasta ahora.

Transcurrió un mes, y su único temor se concretó verdadero una mañana nublada de lunes, cuando despertó sola en la cama fría. Una nota firmada por Ronda yacía sobre una almohada, anunciando un trágico desenlace:

Adiós.

Eso era todo. Ninguna explicación. Nada que calmase la angustia.

Leslie atravesó la ciudad de inmediato. El tren le resultó viejo y maloliente. Los rascacielos eran absurdos, una copia idéntica del otro. El salón principal de *La Escondida*, con sus intensos tonos púrpura, le generó un profundo asco. Azotó la puerta del camerino, y gritó con todas sus fuerzas:

—¡Sandro, imbécil! ¿Qué era ese último archivo?

—¡Hey! Más respeto, mis clientes están dormidos.

Leslie lo tomó por el cuello con una mano. Asestó un puñetazo con la otra.

—¡¿Qué era?!

—¡No puedo ver!

—¡¿Qué era?!

Un golpe más. Dos dientes cayeron al suelo de madera.

—¡¿Qué era?! —gritó Leslie de nuevo.

Otro golpe más.

—Está bien. Está bien. Toma. Revisa tú misma.

Sandro entregó la computadora de simulaciones. Lang miró con atención el monitor, buscó entre el océano de fantasías y encontró aquella última recopilada por Ronda. El título del archivo describía una extraña solicitud:

Nada absoluta. Ausencia de todo. Mi propia muerte.

Leslie arrojó el dispositivo. Luego arrancó la vida del sujeto sin mucho esfuerzo. El dueño de *La Escondida* intentó calmarla en su último suspiro:

—Estás curada, amiga, estás curada.

Leslie ignoró aquellas palabras y, al terminar con él, prosiguió con la decena de hombres que dormían en el salón principal. Presionó uno por uno el cuello de los clientes. Sus mortíferas manos quedaron adoloridas. Entonces los agentes policiales llegaron a la escena, alguien había activado el botón de emergencia. La respuesta de la ley fue inmediata, severa; no pudo ser de otra manera; se trataba del primer asesinato en décadas. Treinta vehículos escoltaron a la criminal hacia la prisión de la capital. Ahí pasó el resto de su vida, en una celda diminuta, entre recuerdos malditos y un largo pesar. Ahí hubo odio, tristeza, remordimiento, culpa y frustración, pues Sandro tuvo razón, Leslie Lang estaba curada.

— — —

EL RELATO DEL SIRVIENTE

LUIS ÁNGEL MARTÍNEZ NIETO

Dormía en lo que, en otros tiempos, era la habitación del amo Fidel. Cuando este alcanzó la madurez no solo heredó el cuarto de sus padres, sino también la inmensa casa y fortuna. Jacinto, el sirviente, pasó a ser el ocupante de la modesta habitación.

A la salida del sol, Jacinto despertó dispuesto a comenzar con su rutina: se despejó del sueño, se vistió, ordenó el cuarto y bajó a la cocina a preparar el desayuno del amo Fidel. Sirvió huevos, pan, fruta picada y leche sobre la bandeja de plata preferida del amo y subió las escaleras. Del manojito de llaves que tenía en el bolsillo extrajo la que abría la puerta que se mantenía cerrada toda la noche —y gran parte del día— para evitar que algún intruso o agente del exterior lastimara al amo.

—Su desayuno está listo. Veo que no se ha alistado, ¿necesita ayuda?

El amo Fidel no respondió, seguía tendido en la cama. Jacinto interpretó su silencio y no pensó molestarlo con la misma pregunta.

—Saldré a hacer las compras —avisó— ¿Requiere algo antes de que salga?

De nuevo, silencio.

A la entrada del portón ya se encontraba Aurelia, su vecina y sirvienta del amo Fernando, con quien solía ir acompañado para las compras del mercado. Jacinto abrió la puerta y pasó a un lado del guardia que custodia la casa del amo. Rara vez Jacinto y el guardia tenían comunicación entre ellos más allá de lo estrictamente necesario.

—Buenos días, Jacinto. Alabados sean los amos —saludo Aurelia como dicta la norma— ¿Cómo está el amo Fidel?

—Alabados sean los amos, Aurelia. El amo Fidel está ocupado, como es costumbre. ¿Y el amo Fernando cómo se encuentra hoy?

—Alistándose para una reunión con la embajada.

Jacinto mostró su contento por la respuesta, aunque fuera la misma que la del día anterior y el anterior a este. Siempre era un honor saber que los amos estaban complacidos. Ambos caminaron bien erguidos,

con la mirada al frente, por las calles donde las únicas personas que se veían transitar eran sirvientes, vistiendo su correspondiente uniforme gris, ensimismados en las labores exteriores de sus respectivos amos, pues está prohibido arriesgar a un amo de tal manera, a menos que la ocasión lo amerite.

—¿Supiste lo sucedido anoche? —preguntó Aurelia.

—Escuché las sirenas de la guardia antes de ir a dormir.

—El ama Fátima, la que vive en la calle Harlan, salió de su hogar y no han podido localizarla.

—¿No es Edmundo su sirviente? —inquirió él con molestia.

—Es correcto.

—Desde el programa de educación supe que no podría ser responsable de una casa. Debieron asignarlo a los campos.

—Es allí a donde será enviado ahora.

—Ojalá la encuentren con bien y se le asigne un sirviente competente.

—Por lo que escuché, no es su primer intento, así que tal vez no vuelva a ser dueña de una casa.

Jacinto no agregó nada pese a su desaprobación. No sería prudente hablar mal de un amo que no ha sido destituido.

El mercado estaba agentado más de lo usual. Jacinto pensó que era porque muchos querían enterarse de lo que pasaba con el ama Fátima, y hablar entre ellos era la mejor forma de hacerse una idea sobre dónde estaría. El mercado, como casi todos los puntos de venta de los sirvientes, es un conjunto de mercaderes que tienden sus productos sobre un tapete o manta en el suelo, y algunas carpas que protegen del sol. Los establecimientos y locales se reservan para las tiendas digitales en las que solo los amos pueden comprar a través de internet. Así pues, los edificios son puertas cerradas e inaccesibles para quien no sea auto repartidor. Por lo demás, no hay vehículos transitando las calles para no exponer a los amos a choques automovilísticos. Estos son utilizados por los guardias para hacer sus rondines, aunque los sirvientes también están capacitados para utilizarlos en caso de emergencia.

Pese a la muchedumbre, el mercado estaba tranquilo. Las noticias se compartían en voz baja por respeto a la tranquilidad de los amos que pudiera haber cerca. Entre sirvientes son capaces de mantener el orden sin la mirada

atenta de los guardias, que casi nunca abandonan las zonas residenciales, ni descansan de sus poses de gárgola. Permanecen cuidadosos para que nadie lastime a los amos, ni ellos se lastimen a sí mismos, como el ama Fátima.

Jacinto y Aurelia intercambiaron algunas palabras con otros sirvientes sobre lo ocurrido —en especial Aurelia, quien parecía saber más—. Para Jacinto, eludir el tema era una forma de amainar la preocupación. Los demás pensaban diferente, querían recabar la mayor cantidad de detalles en caso de que uno de ellos pudiera encajar las piezas y llegar a una conclusión.

En uno de los puestos de fruta, cuando estaban a punto de darse por satisfechos con las compras y rumores, se encontraron con una antigua compañera del vecindario. Geraldine, una de las sirvientas más viejas, estaba acompañada de un chico joven, otro sirviente, que contrastaba sus arrugas. Geraldine había sido asignada a una nueva familia luego de que su amo anterior, vecino del amo Fidel, feneciera de motivos no esclarecidos. La exoneraron por su historial de servicio como una eficaz sirvienta, pese a que no cumplió el deber sagrado de mantener a su amo con vida. Desde entonces, Jacinto sentía una enorme pena por ella. No podía concebir

el dolor de haber quebrantado el juramento que todo sirviente debe apalabrar antes de empezar su misión de servicio. Repasa seguido sus votos hechos en la academia, donde aprendió lo difícil de la vida y la osadía de los amos por enfrentarse a ella. Los amos tienen que mantener al mundo girando: los puentes que se construyen, las construcciones que se edifican, la misma economía con que Jacinto compra un cartón de leche; todo ello facilitado por el control de las máquinas remotas que ningún sirviente o guardia podrían operar porque no tienen el conocimiento. En comparación, los sirvientes viven en relativa ignorancia porque no saben sobre el álgebra, la química o el cosmos, y jamás podrán aprender de ello. Su trabajo está limitado en hacer sentir a los amos complacidos.

—Alabados sean los amos, pero si son Jacinto y Aurelia —dijo Geraldine con la exaltación característica de su edad. Ellos devolvieron el saludo.

El candor de Geraldine recordaba al amor de las madres de antaño sin sobrepasar los límites de lo permitido. Los sirvientes no pueden expresar cariño en público.

—Qué grata sorpresa encontrarte por este lugar —observó Aurelia.

—Con la tragedia de anoche cerraron el paso a muchas calles para facilitar la búsqueda del ama Fátima. Este es el mercado más cercano.

Los cuatro sirvientes siguieron su camino para evitar un llamado de atención de los mercaderes.

—Este es Isaac —presentó a su acompañante—. Servimos en la misma casa.

—Alabados sean los amos —dijo por primera vez el joven novicio.

—Es la primera casa a la que sirve Isaac. Tiene muchas cosas que aprender.

—Tiene una buena mentora —añadió Jacinto.

—No todos piensan lo mismo. —Jacinto asoció su comentario al desprecio que recibía desde la muerte de su ama.

A su alrededor, por las avenidas y callejones paseaban más guardias de lo habitual. La mayoría eran hombres tan imponentes como serenos, así que no se permitían perder los estribos en momentos como aquellos. De cualquier modo, los cuatro sirvientes prefirieron pasarse al otro lado para no cruzarse con el pelotón de frente. Entre guardias y sirvientes había poca interacción: ambos sirven al mismo bien común de diferente manera.

—Escuché que guardias registrarán casas en busca del ama Fátima —dijo Isaac cuando pasaron de largo a los centinelas.

—Isaac —reprendió Geraldine—, no es bueno divulgar esa información.

—Espero lo hagan de noche, odiaría interrumpir la reunión del amo Fernando —añadió Aurelia.

—No te preocupes por eso. La guardia sabe que no debe intervenir en los horarios de trabajo de los amos. Apuesto que serán discretos.

—Todo sea por encontrar al ama Fátima con bien.

—Alabados sean los amos.

Los cuatro sirvientes separaron sus caminos al final de la calle. Geraldine se alejó con felicidad en los ojos, aguardando un próximo reencuentro con amigos tan cercanos. Jacinto y Aurelia caminaron hasta el portón del amo Fidel, donde se despidieron, sin mirarse a los ojos y asintiendo la cabeza. Mañana volverían a verse.

Jacinto pasó el día en sus quehaceres de limpieza, cocina y jardinería. Algunos años atrás, se designaba un sirviente para cada tarea, pero los Altos Amos, quienes están por encima del amo Fidel, decidieron que solo se requería de un sirviente en los casos en que solo se tiene que servir

a un amo, como Jacinto y Aurelia. Esto no le resultaba fastidioso, pues encontraba en la jardinería el descanso y la paz que necesitaba para continuar hasta el anochecer. Hay ocasiones especiales en que los sirvientes son llamados a reunirse en un mismo lugar para ser actualizados con las noticias, las que diariamente consultan los amos desde la comodidad de sus habitaciones; y estas reuniones sirven también para declarar cualquier actividad ilícita de la que tengan sospechas. Jacinto sabía que era cuestión de tiempo para que lo convocaran a una en caso de no dar con el ama desaparecida en las próximas horas.

Jacinto no es un sirviente atraído por lo ilícito, ni siquiera por lo inusual. Prefiere mantenerse al margen de los rumores y las noticias escabrosas; por ello decidió olvidarse del asunto del ama Fátima hasta que un ruido proveniente de la puerta trasera, en la cocina, encendió su sentido de preocupación, pues no podía arriesgarse a que fuera algo que perjudicara al amo. Acababa de entregarle la cena al amo Fidel, y se disponía a ir a la cama, cuando el sonido lo sobresaltó. Descendió y prendió todas las luces en el proceso. La cocina, espaciosa, estaba en orden, como la había dejado, a excepción de la puerta. Recordaba haberla cerrado, sin embargo, estaba

entreabierta. Se adelantó a cerrarla pero una corriente de aire, distinta a la que se colaba por la puerta, lo hizo voltearse a tiempo para ver una figura escabullirse hasta el marco de la cocina. Jacinto sostuvo la mirada con temor, y la persona hizo lo mismo: era el ama Fátima. Se quedaron callados, sin decirse nada. Ella tenía un aspecto nauseabundo, se veía demacrada, con ojeras, el vestido roído y algunos mechones de cabello perdidos.

—Por favor, no le digas a nadie y me iré de aquí —dijo por fin la mujer.

—¿Ama Fátima? Todo el mundo la está buscando.

Jacinto apoyó las manos al frente retomando su postura.

—¿Está herida? Déjeme llamar al guardia.

—No, por favor. No le digas a nadie, me iré y jamás sabrán que estuve aquí.

—Es por su bien. Ha estado lejos de casa mucho tiempo.

El ama Fátima suplicó doblando las rodillas, sin arrodillarse del todo. Era obvio que no estaba acostumbrada a usar las piernas.

—Sabe que no puedo hacerlo. Acompáñeme.

Jacinto dio un paso en su dirección.

—¡Atrás! —rugió ella.— Son unos monstruos y nosotros sus prisioneros.

—Le pido que no grite, despertará al amo Fidel. Lo que hacemos es para que no tengan que esforzarse ustedes. Es nuestro deber ser complacientes.

—¡Es mentira!

—Los mantenemos alimentados, cálidos, para que ustedes puedan hacer lo que los sirvientes no podemos.

—Todo el día, atrapados en una computadora —dijo la mujer confundida, tratando de darle sentido a sus palabras. Los movimientos de su boca también eran torpes. Jacinto no lograba conjeturar cómo había salido de su hogar. Intuyó que había burlado el sistema de seguridad —. Eso no es vivir. Eso no es...prefiero la muerte antes que regresar.

—No diga eso. Cada amo es valioso —añadió.

El ama Fátima quería rendirse a llorar, estaba demasiado cansada y sabía que llegado ese punto no podría dar pelea con sus enclenques extremidades. Jacinto se acercó a ella, listo para sostenerla en cuanto las piernas le fallaran. Cuando estuvo demasiado cerca, sintió un golpe en la sien con un objeto que no alcanzó a identificar. Cayó al suelo aturdido por un segundo golpe, mientras escuchaba los pasos rápidos del ama Fátima subir las escaleras.

—¡Fidel! —chilló la mujer— ¡Fidel!

En el suelo, Jacinto buscó el manojito de llaves en el bolsillo de su uniforme: le había arrebatado la llave del cuarto. De pronto sintió un par de manos que lo ayudaban a levantarse, eran las del guardia.

—¿A dónde fue? —inquirió con firmeza.

Jacinto creyó responder apuntando con el dedo. Un nuevo grito del ama Fátima se escuchó, esta vez más fuerte:

—¡Fidel! ¡No! ¡¿Qué te han hecho?!

El guardia de la casa no estaba solo, lo acompañaba la patrulla que había mencionado Isaac en la mañana. Jacinto se recuperó del golpe y caminó por su cuenta balbuceando el nombre del amo Fidel. Dos hombres ya se estaban llevando a rastras al ama Fátima.

—¡Suéltense! No, por favor. ¡Fidel! ¡Por favor!

Las miradas de Jacinto y la mujer se volvieron a cruzar, pese a que sus ojos estaban nublados por lágrimas. Por un segundo, recordó que el amo Fidel había intentado lo mismo antes, pero su plan fue entorpecido con éxito por Jacinto. Le desgarró el corazón acordarse de la expresión del amo Fidel que ahora compartía con aquella mujer.

—¿El amo está bien? —se adelantó Jacinto a averiguar.

—No quisimos importunarlo —resolvió uno de los guardias—. Sacamos a la mujer desde la entrada de la puerta y la cerramos.

—Hicieron bien —los felicitó.

El sirviente se tambaleó todavía adolorido por el golpe que le habían encestado. Los guardias ya empezaban a salir y se conglomeraban alrededor de la mujer que estaba poniendo resistencia. Quizá no volvería a ser dueña de una casa, y la idea alegró a Jacinto. Finalmente, consiguieron subirla a la parte trasera de la camioneta y Jacinto se quedó observándola hasta que se perdió al doblar la esquina de la calle.

En cuanto la casa y la calle regresaron al mutismo, Jacinto subió para cerciorarse de que en realidad el amo estuviera a salvo. Abrió sin dilación la puerta y allí lo encontró, en su misma posición reclinada en noventa grados, con sus brazos bien ajustados a los cilindros metálicos que los cubrían y que se conectaban al panel que colgaba sobre la habitación; los cables apenas perjudicados por la interrupción de la mujer. Se aproximó al cuerpo sobre la cama, apartó la silla de ruedas de su camino y tapó con la sabana los muñones donde solían estar sus piernas. La mujer lo había descubierto parcialmente. Acercó un

pañuelo a la cara del amo y limpió con gentileza lo que parecía ser una lágrima escurrida por debajo del visor incrustado sobre sus ojos. Procedió a limpiar el exceso de saliva que brotaba desde su boca hasta la barbilla y volvió a cambiar la bolsa de deshechos. El pobre se había orinado del miedo.

Jacinto dejó a su amo descansar. Dios sabe que lo necesitaba, y él también. Estaba agotado y en parte ansioso. Mañana tendría mucho que contarle a Aurelia.

WAKEFIELD

JORGE MACHADO

I

Cuando lo encontramos, Wakefield llevaba horas congelado, acurrucado en su última posición. El oxígeno en los tanques se había agotado un poco antes de abandonar el traje, según su bitácora. Las imágenes en la cámara incorporada lo mostraron saliendo hacia la eternidad, con sus característicos mofletes rosados hinchados al máximo, conteniendo la respiración mientras se libraba de la burbuja protectora.

El monóxido de carbono debe haberlo confundido, pensé entonces. Solo el delirio podía explicar su decisión. Wakefield se desesperó; quiso huir del ahogo y encontró una muerte casi instantánea, razoné. Luego descubriría mi error. El rostro conservaba la misma expresión resignada de los últimos días. Sus cejas congeladas en un espasmo

definitivo cimbraban una afirmación (*¡no está muerto!*), desmentida por el gris marmóreo de la piel.

Habíamos llegado a la base en Phanein II, el planetoide descubierto unos años atrás, corriendo. Las naves auxiliares nos arrojaron en distintos puntos, alejados unos de otros, acercándose apenas a la superficie. Los pilotos temían quedar retenidos, como nosotros, dentro de las violentas ventiscas que pulen constantemente el helado espejo de la superficie. Los exoesqueletos, pesados como un camión de la Tierra, se pusieron en marcha apenas tomaron contacto con el suelo. Moviéndose con grandes zancadas, nos llevaron por distintas rutas programadas rumbo a nuestra base, armada en la gran nave nodriza y luego arrojada desde el cielo, con la ayuda de paracaídas gigantescos unos meses antes de nuestra llegada.

Los primeros días los pasamos encendiendo y configurando nuestros equipos. La estación era una Galileo-3000. Las G3, como son conocidas entre el personal, han sido usadas en tantas exploraciones que los ingenieros las han llevado a un grado cercano a la perfección. Casi cero posibilidad de error, afirman. Casi.

Desde fuera se parecen a un par de contenedores, idénticos a los que se encuentran en cualquier puerto de

la Tierra, unidos entre sí por uno de sus extremos. Son asentamientos robustos, carentes de todo detalle estético agradable, pero dentro llevan un laboratorio de última generación, víveres para resistir meses y, no es menor, una variedad de elementos (cascos de realidad virtual, mesas plegables de ping-pong, equipos de gimnasia soldados a la estructura de la G3), necesarios para mitigar los doce meses de convivencia dentro de un espacio que, lo sé por experiencia, para resultar cómodo debería albergar solo a tres.

Nos fuimos conociendo a medida que los exoesqueletos detenían su marcha en la compuerta de acceso y abrían los petos para que saliéramos, igual que si fuéramos recién nacidos. La Compañía ni siquiera se había molestado en reunirnos antes del descenso. El año que teníamos por delante, sostenían los psicólogos laborales, bastaría para que el grupo se conociera y cada personalidad se mostrara, estableciera sus preferencias y limara las diferencias surgidas de ellas. Según esa doctrina, todo individuo expuesto a condiciones extremas acaba adaptándose a cualquier tipo de personalidad con tal de sobrevivir. Actúa como un módulo programado. Falso. La hostilidad del espacio exterior se siente de tal manera que termina por

derrotar la conciencia de grupo, entronizando en su lugar a la paranoia más irracional. Con todos los desastres sucedidos es claro que lo saben. Pero jamás lo aceptarán. La empresa persigue la duda, y a sus agentes, con más tenacidad que a los parásitos escapados de Moebius VIX.

Bastaron apenas dos meses para comprender que, en cierto sentido, el frío extremo había conseguido burlar las capas termoaislantes de la G3. El aislamiento y la rutina provocaron una caída, sin obstáculos ni pudores, en nuestros peores defectos. Nos adaptamos al encierro físico, como decían los psicólogos laborales de la Compañía, pero lo enriquecimos con otro tipo de clausura, más egoísta y mezquina.

Pasábamos días sin movernos de nuestras literas más que para comer, cumplir con la escasa agenda de misiones, establecidas de antemano, o para medir nuestros signos vitales. Estos eran transmitidos a una base de datos en la nave nodriza. La Compañía los usaría para optimizar la experiencia laboral de nuestros sucesores.

Pero el vacío nunca es definitivo. El cerebro no lo soporta, habilita pensamientos que suelen permanecer exiliados por el sentido común. Y uno busca, asustado de sí mismo, a otro para alejar la soledad. En mi caso, la persona

más parecida a lo que ya estoy acostumbrado a soportar en mí mismo era Wakefield, una versión imperfecta, y por ello agradable, de mis zonas oscuras.

Descubrí que ambos usábamos al humor como estrategia defensiva. Éramos veteranos de este tipo de misiones, y sabíamos que debíamos apoyarnos mutuamente si queríamos llegar cuerdos al final. El Gordo, como pasé a llamarle en mi interior luego de presenciar el grado de dificultad con que salió de su exoesqueleto, tenía un rostro colorido, como si lo asediara un estado de vergüenza constante. Un estado anímico juvenil desafiaba las cuatro décadas de edad que cargaba. También se sinceró respecto a su eterna sonrisa. Lo devoraba una depresión militante, atenta a la menor señal de debilidad. Sus estallidos de risa desapareja eran un paliativo, un agitar de antorchas para espantarla. Algo imposible de adivinar por fuera; Wakefield se reía como un alemán borracho cuando algo le divertía. Es como si lo estuviera viendo. Primero se tomaba el vientre apenas asomaba el empuje mientras sus lentes redondos, lennonianos, trepaban hasta las cejas, empujados por los pómulos regordetes como nalgas de bebé. Luego destruía el silencio con una serie de carcajadas encantadoras y

molestas, para terminar con un ataque de tos, gentileza de su asma, que lejos de preocuparme solía arrastrarme hasta que yo también terminaba ahogado de tanto reírme.

El resto del grupo estaba compuesto por dos mujeres y dos hombres. Tuttle, físico y experto en comunicaciones. Rosebud, una atlética y fornida ingeniera en electrónica espacial, además de ser una de las mejores químicas de la Compañía. Darré, exogeólogo, inventor del espeleotrógrafo portátil. Nightingale, amable, dulce como una flor de Aldebarán. También era ingeniera —como Rosebud, aunque difícilmente se pudiera encontrar un contraste más radical—, especializada en el diseño de estructuras bajo condiciones anómalas, como las que suelen encontrarse en los sitios inexplorados (y en los corazones destruidos por su belleza).

Repasando la composición del grupo, encontré un detalle sustraído a conciencia por La Compañía: la desproporción de sexos. Somos parte de un experimento, le advertí a Wakefield. Es, de todas mis expediciones, la primera que no está compuesta a partes iguales por hombres y mujeres. La Compañía, con alguna oculta finalidad, dispuso la asignación de literas de tal forma que Wakefield y yo, por ejemplo, compartíamos el mismo

rincón en la sección donde dormíamos. Él en la de abajo, una decisión acertada dado su peso, y yo arriba.

Por suerte, además del humor teníamos otras coincidencias. Nuestra dificultad para relacionarnos con los demás, por ejemplo. Los encontrábamos *escasos* o, como le gustaba decir a Wakefield, *módicos*. Vivían para el trabajo y poca cosa más. Nosotros, en cambio, poseíamos una rica vida interior, impensable para ellos, cuyas personalidades fantasmales apenas se hacían notar.

Salvo Nightingale, la ingeniera. Sus ojos, delicados como un camafeo de última generación, encarnaban una enciclopedia: La Gran Nightingale Ilustrada. Sí, ilustrada; pletórica de hologramas perfumados, térmicos, interactivos. Inalcanzables, porque Wakefield y yo solo éramos actores de reparto en la Gran Aventura De Los Otros. El invento de Darré era más importante y nosotros, como buenos desclasados, aceptamos con orgullo nuestra condición.

Wakefield era exobiólogo, se dedicaba al estudio de las formas de vida extraterrestre, pero debido a que la Compañía se encaprichaba en destinarlo a los sectores más deshabitados de la galaxia, vivía en un estado crónico de frustración. Tenía un motivo fundado para su depresión

endémica. En cambio, mi trabajo consiste en ser como una navaja suiza, un todoterreno. Puedo reparar varios tipos de vehículos. Conozco de memoria su mecánica. Además soy piloto, con más de 50 misiones realizadas. Cuando todo haya terminado, llegará mi momento. Todos estos brillantes científicos dependen en última instancia de mí, soy la modesta pieza del engranaje sin la cual ellos jamás podrían volver a la aparente seguridad de allá arriba, en la nave nodriza.

Como no teníamos trabajo, Wakefield y yo matábamos el tiempo hasta la cena con viejas películas de ciencia ficción del siglo veinte; jugábamos dentro de historietas holográficas; ejecutábamos música basada en colores. Compartíamos nuestras bibliotecas personales, alojadas en nuestros respectivos nanochips cerebrales.

Afuera, en las mejores condiciones, el viento alcanzaba los 300 km/h, con una temperatura de -150° C. La luz de Aldebarús, la estrella más cercana al planetoide, llegaba cada 72 horas, lo cual poco hacía para entibiar la atmósfera. No salimos más que los primeros días. Luego el grupo, por unanimidad, llegó a la conclusión de que aquello se parecía más a un año sabático que a un trabajo real. Tenía la misma

utilidad que una sombrilla en el fondo del helado mar de Plutón.

A mediados del cuarto mes Darré, el geólogo, mencionó algo que quedó haciendo retintín en mi cerebro. Se refirió a unas cuevas que los aparatos de exploración acústica habían detectado. Recorren todo el interior del planetóide, dijo. Es como si estuviéramos sentados sobre un gigantesco hormiguero.

—¿Los aparatos captaron algún patrón de sonido irregular? —preguntó entonces Wakefield, levantando los ojos de la cena en la que estaba concentrado.

—¿Cómo si algo se moviera allá abajo? —sonrió Darré. —No, el sonido viajó sin interferencia o variación significativa. En mi opinión las cuevas están vacías. El origen es geológico y no biológico —añadió. —Quizás las cuevas se formaron por reabsorción mineral al enfriarse el planeta.

—Entiendo —contestó Wakefield con una expresión de desilusión tan sincera que todos, incluso el incommovible Tuttle, estallamos en carcajadas. Wakefield no se molestó, pero por primera vez dejó su cena sin acabar y se levantó, excusándose en que se sentía más cansado de lo habitual y quería acostarse temprano.

Para los demás, ese súbito cambio de humor pasó desapercibido. Rosebud ya había acaparado la atención con una anécdota que transcurría en la estación de Pheta-89. La historia no tenía nada de extraordinaria, pero su voz inconfundible la transformaba a propósito en una experiencia desagradable y obscena. El que me preocupaba era mi amigo. No parecía el mismo Wakefield vago y despreocupado. ¿Alimentaba en secreto algún tipo de esperanza respecto a su trabajo?

Abandoné el contenedor donde los otros terminaban su cena, y me aproximé al sector de las literas. Wakefield estaba revisando las correas de sujeción que nos fijan a la estructura mientras dormimos. Por si el viento externo decide jugarnos una mala pasada. Es improbable que las correas salven nuestras vidas, pero supongo que la norma fue creada pensando en el instrumental del laboratorio. Las costosas herramientas, incrustadas en nuestros cuerpos durante el revolcón, serán así más fáciles de recuperar.

—¿Te sientes bien?

—Sí, claro —me respondió, —estoy cansado, es solo eso. Lo de las cuevas me hizo sentir más inútil que de costumbre.

—¿En qué sentido?

—Pues, a mí no me importa si quieren pagarme por nada, creo que eso ya quedó claro, ¿no? Aun así, no me disgustaría encontrar algo. Una bacteria, un líquen. No sé, cualquier cosa que me justifique como científico.

—Sí, comprendo. Yo tampoco entiendo cuál es la ventaja de encerrarnos durante meses en un freezer rodeado de hielo. Ni siquiera creo que en esas cuevas encontremos algo con valor económico, mucho menos señales de vida; ni latente ni fosilizada. Este sitio nunca despertó de su letargo cósmico. La mayoría del universo es así, después de todo.

—El sitio sobre el que estamos encierra la misma utilidad que nosotros: cero, nada. Vinimos hasta acá para nada —sumó Wakefield con un tono lúgubre.

—Cierto, pero por tu bien deberías establecer algún tipo de contrato con las condiciones a las que estamos obligados a vivir. Sé que este limbo transforma la sangre de cualquiera en corcho pero vamos, hay que pasarlo como sea. Al menos tenemos la suerte de habernos conocido. No sé. Olvidemos la inutilidad básica de esta misión. Tomemos esto como un largo recreo; lejos de

las obligaciones cotidianas, allá en la Tierra. Un recreo pagado, no lo olvides.

—Sí, claro, es así, tienes razón —dijo sonriendo, y acompañó la respuesta palmeándome la espalda sin que, en ningún momento, le creyera. —Hay algo, sin embargo, que me tiene mal hace tiempo —confesó bajando la voz. —Que nos hayamos hecho amigos tan rápidamente no me sorprende. Después de todo, la Compañía posee el perfil de cada uno de sus empleados pero, ¿te fijaste en las otras parejas, las heterosexuales, por decirlo de algún modo?

—No. ¿Qué hay con ellas? —respondí, usando un tono de voz quizás demasiado alto, producto de mi incomodidad con el rumbo que había tomado la conversación.

—Pues eso. Que a los demás les asignaron un compañero de sexo opuesto. En cambio, nosotros no solo somos los únicos miembros cuyas especializaciones son las más prescindibles, sino que además nos pusieron juntos debido a que los dos tenemos las mismas inclinaciones culturales. ¿No es demasiado conveniente? Jamás pensé que la Compañía alcanzara tal sutileza.

—Bueno, yo no soy tan prescin... A lo que me refiero es que sí, resulta una situación inusual. No me quejo, pero a

veces creo que la Compañía no me asignó esta misión por mi capacidad como mecánico, sino para probarme, para ver cómo se comportan...

—Dos ratas de laboratorio. ¿Verdad?

—Eh, sí. Exacto —dije para salir del paso, aunque en realidad estaba pensando en otra palabra, más arriesgada, que podía derivar la conversación a zonas inconvenientes considerando el cariz de las últimas afirmaciones.

—Me voy a dormir. No me soporto más —concluyó Wakefield, cerrando la charla.

—De acuerdo, nos vemos mañana —contesté aliviado.
—No creo que demore en acostarme yo también.

Desde entonces, y por unos días, la relación entre nosotros se enfrió. Cada uno, supongo, recordaba lo hablado y sufríamos sus efectos posteriores. El clima por su parte había mejorado pero, ni siquiera así, se ofreció alguien a salir. Pasábamos las horas a solas, como siempre, pero separados. Cada cual en su respectiva litera, ocultos dentro de nuestras aficiones.

Luego, todo empeoró.

Durante una expedición, la primera, de Nightingale y Darré a las cuevas, ocurrió un accidente. Extraían muestras del material que recubría el techo cuando un

fragmento cayó sobre el lado más débil del casco de Darré, rompiéndole el visor.

Nightingale estaba a unos metros de él cuando sucedió el accidente pero, a los efectos prácticos, era lo mismo que si hubiera estado observándolo desde el otro extremo de un telescopio ubicado a millones de kilómetros. La muerte de Darré, apenas comenzara a respirar la temperatura inviable de la atmósfera, era cuestión de segundos y él lo sabía, por lo que se tomó el asunto con un aplomo que Nightingale luego destacó. Miraría, supongo, los hermosos ojos verdes de su compañera antes de abrir la boca, dispuesto a aspirar la bocanada letal.

Pero nada pasó. En lugar de un final doloroso y rápido, recibió un vaho de aire tibio. Con un ligero aroma a panceta ahumada, contó después.

Las cuevas tenían, por razones desconocidas, oxígeno en abundancia. Y 22 grados Celsius de temperatura, debido probablemente a algún tipo de actividad volcánica o reacción química no detectada. Claro que todavía seguía siendo un sitio peligroso. Bastaba con que alguien se acercara a menos de 10 metros de las múltiples entradas para demostrarlo. La muerte por congelamiento se producía entonces de forma irrevocable.

La algarabía del grupo fue general esta vez ya que, como le dije a Wakefield, si había oxígeno entonces aumentaba de forma exponencial la posibilidad de que también hubiera vida y, me arriesgaba a afirmar ya que ahora nada parecía imposible, hasta bacterias.

Apenas mencioné las bacterias, a Wakefield se le llenaron los ojos de esperanzas. Una gran sonrisa elevó sus gafas más allá de las cejas. Luego de mucho tiempo, volví a verle su famosa sonrisa, regada ahora por dos líneas húmedas descendiendo de sus ojos.

—¿Bacterias? ¿Acá? —susurró.

—¡Claro! Y algas, o líquenes. Al menos alguna especie de hongo, pero sobre todo plantas que generen ese oxígeno. No existe otra razón que lo explique.

—No necesariamente —graznó una ofensiva voz a nuestras espaldas.

Nos dimos vuelta a tiempo de ver la sonrisa orgullosa de Rosebud.

—¿Por qué no? —intentó defenderse Wakefield, haciendo saltar sus anteojos sobre el puente de la nariz.

—La luz de la estrella es la fuente más probable. Descompone el dióxido de carbono, presente en la

atmósfera, en pequeñas cantidades de oxígeno —sentenció ella, sacudiendo algo más que las gafas de Wakefield.

—Pero, pero... ¡En tal caso la cantidad sería ínfima! —insistió mi amigo. —¡Para que exista oxígeno en abundancia es necesario un sustento biológico! Es la actividad biológica la que crea junto a la luz de las estrellas la atmósfera. Si hay luz estelar y oxígeno pero no hay atmósfera enton... —se detuvo, derrotado por la implacabilidad de su propio pensamiento lógico.

El repugnante planetoide no tenía atmósfera sino infinidad de cavernas con oxígeno atrapado en ellas. O, lo que es lo mismo, oxígeno creado a partir de la descomposición del dióxido de carbono, almacenado en las cuevas por los potentes vientos. El entorno agresivo del planetoide no era compatible con la vida. Ni siquiera en su versión más modesta.

O quizás alguna vez, eones atrás, la hubo, pero luego sucumbió a las extremas condiciones climatológicas del excremento cósmico que era nuestra prisión, y el oxígeno retenido por los laberintos rocosos era todo lo que restaba de una era a la que habíamos llegado demasiado tarde. En todo caso, ninguna posibilidad habilitaba a que Wakefield

alentara la esperanza de encontrar su deseado objeto de investigación.

Claro que, para casi todos, la presencia de oxígeno y temperatura era una muy buena noticia. Para la Compañía, antes que nadie, pero también para nosotros. No solo implicaba un descenso considerable en los costos de instalación de una cabecera tecnológica para la investigación, algo que haría rodar entre gemidos de placer a nuestros jefazos, sino que también nos aseguraba unos suculentos bonos al final de la misión.

El maldito masacote hueco se convertiría en el gran trampolín hacia la próxima región, más allá de las estrellas sobre nuestras cabezas; un sector del espacio apenas explorado por los telescopios más potentes. Tuttle el físico, en su faceta de experto en comunicaciones, encendió los sistemas que nos mantenían en contacto con la nave nodriza cuando pasó orbitando sobre nuestras cabezas. Todos nos reunimos para el gran momento, ansiosos por comunicar la gran novedad.

Pero los equipos no funcionaban. Por más que lo intentara, los tableros tapizados con titilantes luces se empecinaban en emitir un ensordecedor silencio. Nightingale, la ingeniera especializada en diseño, encontró

la razón. Un circuito secundario, explicó regalando sensualidad, estaba dañado. Las distintas unidades del circuito principal no podrían conectarse entre sí.

—No se preocupen —exclamó Darré. —Busquemos los reemplazos. Es sabido que la Compañía siempre equipa los laboratorios con varias partes repetidas. Como respaldo en caso de fallo —añadió, como si el oxígeno se lo regalaran.

Evidentemente, esta vez se olvidaron, le dije luego a Wakefield al escuchar desde el otro extremo los insultos de Darré hacia la Compañía y sus políticas de ahorro. De pronto estábamos incomunicados hasta dentro de 10 meses, cuando otro grupo de ratas viniera a reemplazarnos. Al menos el encargado de chequear las existencias de agua, comida y oxígeno sí había cumplido con su tarea, y las provisiones dentro del contenedor podían abastecernos el triple del tiempo que íbamos a pasar en aquel maldito rincón olvidado.

Tuttle decidió entonces insistir con el maltrecho sistema de comunicaciones. Juntó sus canas y aspecto de camarón nervioso a la arrogante de Rosebud y, entre ambos, lograron reparar el circuito dañado luego de dos noches, con sus días, de pruebas y errores. Restablecieron la señal. La tripulación de la nave nodriza recibió nuestra irrupción

con sorpresa. Cierta alarma, mal disimulada, desapareció al cabo de unos segundos de sus rostros pero, una vez que se enteraron del oxígeno atrapado en las cuevas, festejaron el hallazgo con una explosión de alegría comprensible. Los bastardos abrieron un par de botellas ante nuestros ojos. Los bonos también derramarían, de la misma forma que la espuma sobre sus copas, beneficios para ellos. Y sin correr ningún riesgo, a diferencia de las ratas del freezer que observábamos con envidia mal disimulada los brindis en la pantalla.

Entonces sucedió. Algo cortó el sonido en la comunicación. Vimos la tensión borrando sus sonrisas mientras atendían a una voz que no podíamos escuchar. Un mando de rango gerencial, eso debía ser, se había contactado con ellos en el preciso momento en que llevaban las copas a sus bocas. No escuchábamos qué les estaba diciendo. La expresión de serena profesionalidad en el rostro del capitán Harrison no transparentaba ninguna emoción.

Luego, el sonido volvió. Harrison dijo algunas generalidades más. Balbuceó algo sobre la fama y el recuerdo imperecedero que dejaríamos en la historia de la Compañía. Estaba elevándonos a la categoría de pioneros,

como aquellos que habían dejado su vida en pos del bien común, pero la comunicación comenzó a degradarse hasta volverse ininteligible. Allá arriba, Harrison y sus técnicos mostraron una hoja de papel ante la cámara. En ella se leía: PERDEMOS SEÑAL - ESPEREN REEMPLAZO.

Luego, aunque nuestros sistemas en ningún momento detectaron cualquier anomalía, se llenó el canal de interferencias. La cacofonía se aplanó, transformándose en un zumbido estático. Ruido blanco, el sonido del océano cósmico. Y eso fue todo. Volvimos a quedar aislados. Estábamos a comienzos del quinto mes. La ocupación del planetoide ya había resultado en dos grandes descubrimientos: atmósfera y temperatura similar a la de un día ideal en el Governor Park de mi ciudad natal. ¿Qué otras maravillas ocultaba esta miserable roca?

La incógnita impulsó al equipo. Las salidas aumentaron. Todos abandonaban la base buscando arrancarle otro secreto al planetoide. Las garras de los exoesqueletos quebraron tantas veces la fina capa de hielo durante las salidas que ésta desapareció, y en su lugar una espuma blanca, formada por hielo picado, rodeó casi por completo la base.

No era nuestro caso. Wakefield no tenía nada para descubrir. Yo seguiría esperando mi momento, cuando tuviera que conducir la minúscula nave de transporte de vuelta a la nave nodriza. Aprovechaba mi libertad yendo con mi exoesqueleto lejos de las febriles búsquedas de mis compañeros.

Un poco más allá de las cavernas comenzaba una planicie, extensa y lisa como una bola de adivino. Allí el viento sacudía el exoesqueleto con tal fuerza que debía perforar el suelo con agujijones, gruesos como una pierna, para no ser arrastrado más allá de la salvación. El horizonte, por efecto del eco lumínico, desaparecía, y el brazo de la galaxia, duplicado por el espejo sin atmósfera de la superficie, me envolvía en su abrazo. Recostaba mi espalda sobre el respaldo acolchado del gabinete y me sumergía en una duermevela ligera. El espacio restringido y tibio del traje era cómodo como un vientre. En ese estado intermedio, entre el sueño y la vigilia, me dejaba llevar por las visiones desatadas por mi cerebro.

Flotaba sobre la gran L formada con los dos contenedores de la base. Veía, o creía ver, las figuras de mis compañeros distribuidas como un ejército débil sobre algo demasiado grande para nosotros. Solo un loco

tiene el valor de enfrentarse a tales magnitudes. Los años dedicados a viajar por el espacio me han convencido de ello. Pero no están locos los que arman estas expediciones y las lanzan al espacio. Son peores que los locos. Están más perdidos, en todo caso. Agotaron todos los recursos naturales de la Tierra y ahora extienden sus garras sobre los suburbios de nuestro vecindario cósmico.

Luego de cada sesión volvía a la base satisfecho con mi destino, entibiado como si hubiera vaciado una botella de licor. El contraste entre la belleza eterna de las estrellas y los escasos días humanos me consolaba. Jamás podríamos hacerle daño al universo. Ni aunque el tiempo y la inteligencia humana se multiplicaran por mil. Esa perspectiva empequeñecía las penas hasta diluirlas, como el dedo de un priscalero en el drauma espeso de Torún 6.

Un día, tras volver de mi picnic cósmico, me enteré por los otros que Wakefield había desaparecido. El resto del grupo se disponía a cenar cuando se detuvieron al verme.

—¿Y Wakefield? —preguntó Darré. —¿No estaba contigo?

—Se quedó en la base. Le pregunté si no le importaba que lo dejara solo y me fui. Esa fue la última vez que lo vi. ¿No está? ¿Qué pasó? —pregunté, y apenas lo hice todos

dejaron lo que estaba haciendo y salieron corriendo hacia el sector donde estacionábamos los exoesqueletos.

Se iniciaba el protocolo de rescate. Nos distribuimos en dos equipos que partieron en direcciones opuestas. Cada uno con un tanque extra de oxígeno, como marca el protocolo aunque, sin decirlo, todos teníamos la seguridad de que, a esa altura de los acontecimientos, jamás lo usaríamos. Aunque lo encontráramos, Wakefield ya estaba muerto. Había salido con una reserva mínima en su traje, marcaba la bitácora.

Me tocó ir en el grupo de Rosebud. Hubiera preferido tener a mi lado a Nightingale, habitante de mis frecuente fantasías. Pero quizás fue mejor así. La absoluta ausencia de atractivo sexual permitió que me concentrara en la búsqueda. Su voz, curtida por años de misiones similares, solo una vez quebró el silencio mantenido desde que salimos de la base.

—Allá está —dijo, y el brazo mecánico de su unidad golpeó la mía con tal fuerza que trastabillé.

Pero se equivocaba. Lo que ella había visto era tan solo el exoesqueleto vacío que había usado Wakefield. Su cuerpo, en cambio, estaba unos pocos metros más allá. El planetoide apenas le había permitido avanzar.

La dirección hacia donde Wakefield se dirigía cuando se quedó sin oxígeno estaba en la dirección opuesta a las cuevas. Adiviné la intención de mi amigo. Hastiado de ser solo un testigo de los hallazgos ajenos, intentó iniciar una búsqueda por su cuenta, aunque conociera los riesgos de ir solo, en una dirección inexplorada.

Sin embargo, algo no estaba bien. No entendía por qué Wakefield se había expuesto de esa forma, llevando tan poco oxígeno. Además él sabía que no existían cuevas en esa zona. Regresamos a la base cargando su cuerpo, rígido como un bloque de hielo, con ayuda de mis brazos mecánicos.

Esa noche la cena transcurrió en silencio. Yo ni siquiera tenía mucho apetito, por lo que me retiré antes. Luego de un rato sonaban más animados. Rosebud los entretenía con alguna anécdota vulgar. Su voz venía hacia mí en oleadas; las paredes metálicas a nuestro alrededor la engrosaban, volviéndola más molesta. Está bien, me dije, la vida sigue y, de todos modos, mientras sigamos sobre esta roca perdida todos estamos potencialmente muertos. Hubiera sido una buena noche para ir al encuentro de la galaxia, pensé recordando mis paseos cerca del borde de este mundo bello y cruel. Pero no tenía el valor

suficiente para enfrentarme a tanto poder. Tomé entonces un camino menos desafiante. Decidí escaparme con ayuda de la realidad virtual.

No llegué a hacerlo. Y todo debido a que me incliné para mirar la cama vacía de mi amigo, allá abajo. Un homenaje íntimo e irracional. Sus hololentes estaban sobre la cama. La luz verde titilaba, lo cual me resultó extraño. Wakefield era bastante cuidadoso con sus dispositivos y solía dejarlos apagados. Quise saber cuáles habían sido sus últimas visiones. En qué punto de la malla virtual ocurrió la última inmersión de su vida. Bajé y me coloqué los lentes.

Dentro de la interfase busqué con mi pupila el historial y, para mi sorpresa, descubrí que las aplicaciones de películas y juegos no habían sido ejecutadas desde hace semanas. Sin embargo, sabía que en todo ese tiempo Wakefield había continuado usando sus hololentes. Solía irrumpir en su canal privado para sostener extensos diálogos virtuales sin que nadie nos escuchara. O al menos eso creía.

El historial no mostraba más que el uso del programa de comunicación con el exterior el cual, como yo sabía, estaba

fuera de servicio desde la última vez que tuvimos contacto con la nave nodriza.

¿O no?

Abrí con mi pupila la aplicación y, apenas ejecutada, la estática llenó el espacio virtual. Giré mi cabeza, buscando dentro del entorno algún detalle que me permitiera encontrar una pista, algo que se diferenciara del irregular gris metalizado.

El espacio canta. Nuestros oídos humanos no lo perciben, pero el vacío cósmico está lleno de sonidos. Siempre he creído que, si se bajara el tono varias octavas y se ralentizara el ruido de la estática, escucharíamos trillones de voces entonando un canto eterno. Pero no encontré nada que justificara la fuga y posterior muerte de mi amigo. De pronto, el sonido subió. Nada demasiado molesto; el colchón sonoro me rodeaba sin violencia, dispuesto a seducir mi cerebro. De modo que acá, en este hormigueo, vivió Wakefield los últimos días, pensé. Pero, además de este océano diamantino vacío, ¿qué otra cosa había atraído su atención durante tanto tiempo?

Grité. Wakefield y yo habíamos descubierto que los entornos proporcionados por la Compañía podían modificar su morfología virtual con un realismo

asombroso. Proporcionaba las mismas respuestas físicas que una caverna: eco, altura restringida, profundidad. O de un vientre. Pero mi grito se perdió sin provocar respuesta alguna de la simulación.

Me sentí sobrepasado por las circunstancias. La muerte de Wakefield y mi soledad; la indiferencia del espacio virtual, idéntica al exterior inhóspito. Cuando me disponía a cerrar el sistema capté una variación. No me había dado cuenta antes, así de precaria era la irregularidad pero, apenas visible, sobresalía de la estática una curva mínima, similar a un hombro, esforzándose por desprenderse del muro luminoso.

Volví a gritar. Más fuerte. Y la forma aumentó su volumen. Luego, se unieron otras hasta que las brillantes protuberancias me rodearon. Seguí gritando, quería tocar o ser tocado por una de esas cosas. Por fin, una me alcanzó. La percibí como una efervescencia en la parte baja de la nuca. Luego, mi espalda comenzó a experimentar pequeñas contracciones en espacios no mayores a una cabeza de alfiler. No opuse resistencia. Quería saber.

Encontré bastante más de lo que pedía. Mucho más, por cierto, de lo que podía manejar. El gorgoteo bajó por mis costados hasta cubrirme por completo.

Ahora yo era una de las protuberancias, menguando rumbo al plano; solo otro detalle efímero y banal. La colmena, pues la intuía millonaria en seres, me había hecho suyo. Me acompañaban inteligencias sagradas, posibilidades nonatas, saberes dormidos, predicciones cumplidas, secretos ariscos.

Eran el sonido entre los espacios aparentemente vacíos dentro de las estrellas, dentro de cada átomo. La multitud buscaba, sin encontrar, una forma compatible con nuestros sentidos. Debían comunicarnos algo. Capté el miedo. Me fue otorgada una visión, breve pero absoluta, de una batalla final que los humanos perderíamos. No era una advertencia ni una instrucción. Nada podría hacer nuestra especie para evitarlo. Solo fue la visión de un futuro acabado.

Ignoro cuánto tiempo pasé en ese estado. Cuando me quité los lentes corrí a vomitar. Luego, me desmayé sobre la litera. Cuando desperté, sentí que estaba a punto de enloquecer. Me zambullí dentro del traje y huí al exterior como un perro lastimado. Debía estar solo si es que iba a estallar. Fue un paseo desolado por la estepa de hielo, bajo el vitral infinito. Necesitaba contemplar las estrellas. Allí estaban. Eran lo único seguro que tenía en mi vida. Las

estrellas, esparcidas como lágrimas sobre los brazos de la galaxia.

II

—No abras la boca —susurró Darré, como si su manota tapándola me permitiera hacerlo. —Levantate y seguime sin hacer ruido —indicó, señalando con la mano libre la mancha iluminada de la cocina, en el otro módulo. Algo estaba haciendo ruido allí.

El resto de la tripulación seguía durmiendo, para mi envidia. Pero me sentía mejor. Después de una depresión demasiado larga, durante la cual incluso llegué a jugar con la idea de abandonar la seguridad del exoesqueleto y seguir el destino de Wakefield, su pérdida ya no me calcinaba la mente. No tanto.

Además, el planetoide no solo tenía atmósfera y temperatura. El espectrógrafo había detectado ingentes masas de xenón a escasos metros de la superficie. Dormíamos sobre trillones de megadracmas, por lo que la compañía decidió adelantar nuestro relevo. En poco tiempo, cientos de androides y excavadoras, con sus garras

listas para destriparlo, descenderían sobre este mundo indefenso.

Y, por cierto, el planetoide tenía vida. De haber esperado un poco más, Wakefield hubiera disfrutado del descubrimiento. En cierto modo lo hacía, ya que fue su cuerpo el que dio alimento a las esporas que se abrieron en primorosas floraciones a pesar del vacío absoluto del depósito donde lo dejamos.

Se parecían a las orquídeas de la Tierra, y por ello Nightingale las bautizó —con muy poco rigor científico—, como orquídeas del séptimo cuadrante, la zona del espacio en la que está el planetoide. Yo, apenas si pude contener el almuerzo dentro del estómago cuando vi ese jardín carnicero cubriendo el rostro de mi amigo. Cambiaba de tonalidades en un ciclo eterno, como si tratara de comunicarse mediante gradientes de color.

Y ahora, aunque lo único que deseaba era dormir hasta que llegaran nuestros relevos, seguía a Darré, imitando su sigilo. Un ruido, todavía minúsculo —pensé en un ratón, e inmediatamente rechacé la idea por imposible—, crecía a medida que nos acercábamos a la cocina.

Aunque todavía me pesaba la resaca de las pastillas para dormir, conté a los durmientes en las literas. Toda

la tripulación, excepto Rosebud, estaba en sus lugares. Pero era Rosebud quien lo había despertado a él; estaba chequeando la zona de los exoesqueletos, me aclaró Darré sin darme tiempo a preguntarle qué estaba buscando allá si era acá, en la cocina, donde el ruido a celofán rasgado, pues era ese el origen del sonido, continuaba.

No me equivoqué en el conteo del número de tripulantes, pero había pasado por alto un detalle. Solo conté a los vivos. No había incluido a Wakefield quien, cubierto por las migas del paquete de comida recién devorado —el décimo tercero a juzgar por los envases vacíos esparcidos por el piso—, ya no estaba rígido ni cubierto por repulsivas floraciones. Por el contrario, tenía los pómulos más rosados que nunca. Y, sin dejar de comer, nos observaba con una mirada burlona que cualquiera hubiera confundido con algún tipo de felicidad.

—Tiene hambre. Eso es bueno, ¿no? —pregunté, buscando algún conducto lógico que me permitiera aceptar esa nueva realidad —En realidad, tiene mucha hambre. En eso no ha cambiado. Come como si no hubiera un mañana.

—Y no lo hay —sentenció Darré sin quitar sus ojos del nuevo Wakefield —Esos son los últimos víveres existentes

en toda la estación. Los últimos —repitió. —Arruinó el resto. Abrió los depósitos donde estaban las reservas y se contaminaron con la atmósfera externa.

—Y modificó los exoesqueletos —terció Rosebud a nuestras espaldas. —Excepto uno, el resto no está operativo. Veré si puedo saltar las rutinas de seguridad para reprogramarlos. Me pregunto cómo pudo hacerlo. Esos protocolos son secretos. Los ingenieros los ocultaron entre billones de líneas de código.

—¿Entonces estamos condenados a morir antes de que llegue la próxima misión? —pregunté, intentando no mostrar señal alguna que pudiera delatar mi pánico.

Por sus miradas pude comprobar que no lo había logrado.

—Voy a despertar al resto —me ofrecí. Nightingale, envuelta en su manta térmica olía muy bien. La desperté sacudiéndola de los hombros, un poco más fuerte de lo necesario, tal vez. No me moví de su lado hasta que terminó de desperezarse.

—Acabo de comprobar la consola principal de la estación y su respaldo — informó luego Tuttle. —Ambas tienen estropeados los canales de comunicación. No logro

establecer contacto con la nave nodriza. Ni con otro satélite. Así que sí, estamos en problemas.

—No entiendo por qué Wakefield hizo esto —declaró Nightingale.

—Bueno, partamos de lo básico —planteó Rosebud. Esa mujer tenía la propiedad de hacer que un simple razonamiento sonara como una orden. —Wakefield está muerto. ¿Sí? Debido a las condiciones en que encontramos su cuerpo, creo que no puede haber dudas al respecto. ¿De acuerdo? Siendo así, sospecho que no es prudente considerar a ESO como si fuera Wakefield. Es otra cosa. Algo que usa su cuerpo como vehículo, por ejemplo. ¿Bien? Recuerden las flores, el tiempo que pasó antes de que lo encontráramos, la ausencia de oxígeno del depósito donde lo dej...

Hubiera seguido. La voz gritona hubiera seguido, pero en ese momento sucedió algo que, en un holofilm, hubiera resultado jocoso.

El muerto habló.

—No soy nada de eso, déjense de decir estupideces —dijo Wakefield, en un español deformado por la comida que ocupaba la mayor parte de su boca.

—¡Wakefield! ¿Sos vos? ¿Te encontrás bien? —grité, como si estuviéramos en una avenida ruidosa.

—Avrofrgha, ¡deomum! — me respondió, notoriamente ocupado.

—¿Lo van a dejar que siga comiendo? ¡El idiota arruinó la reserva de alimentos! —preguntó irritada, y con cierta razón, Rosebud.

—¿Cómo vamos a sobrevivir hasta que llegue nuestro relevo? —inquirió con inteligencia Nightingale.

—No lo sé —le respondí, dispuesto a ofrecerle mi hombro siempre que lo necesitara —pero siempre que necesit...

—En situaciones similares —me interrumpió Rosebud—. Me refiero a situaciones en las que un grupo humano, aislado y desprovisto de provisiones, se encuentra ante la disyuntiva de comer algo, cualquier cosa, o morir, la solución es el canibalismo. A mí tampoco me resulta una idea atractiva, pero es lo único que se me ocurre.

Nadie protestó. Creo que todo explorador espacial evalúa tal posibilidad en algún momento. Para mí todavía era demasiado pronto, sin embargo. Pero tampoco me engañaba al respecto. Rosebud tenía razón.

Su físico masivo le permitiría marcar el paso de los próximos días, comprendí. Tuttle parecía resignado. Darré miraba a Rosebud como si calculara algo. Nightingale estaba asqueada y yo, preocupado. Imaginaba la llegada de los nuevos a una estación ocupada solo por Rosebud y nuestros huesos pelados. Pero nadie habló. Cada uno lidiaba con su idea del futuro inmediato. En mi caso, la solución estaba allí fuera; consistía en implosionar bajo las estrellas. Que el resto se las arreglara como pudieran, no me importaban. Ni siquiera Nightingale, cuya indiferencia hacia mis emociones ya comenzaba a cansarme. Consideraba que un simple piloto no estaba a su altura, tal vez. Quizás eso es lo que había tenido en cuenta la Compañía cuando diseñó su política de relaciones humanas.

—No se preocupen. Tan solo coman y beban de mi cuerpo.

—¿Quién dijo eso? —pregunté, sin obtener respuesta. O sí. Un sobresalto colectivo es un tipo de respuesta.

—Coman y beban. Es lo menos que puedo ofrecer luego de lo que hice —repetió Wakefield. El cinismo en sus palabras era reconocible hasta por un burócrata de Ersilión Tercero.

Nuestra primera reacción, claro, fue rechazar su oferta y, pensándolo bien, era la primera decisión tomada en común desde que el grupo había llegado al planetoide. Por lo general nos relacionábamos desde una actitud común de desprecio. Lo único que variaba eran las razones. Para mí ellos eran *módicos*. Rosebud supongo que nos vería como elementos *descartables*. Y, probablemente, para Tuttle éramos *primitivos*, tanto como seríamos *maleducados*, para la frígida de Nightingale o *inservibles*, para el pragmático de Darré.

La realidad se había vuelto espesa, demasiado, para el hambre que lentamente se apropió de todos nuestros pensamientos. Soñábamos, las pocas horas que lográbamos dormir, con banquetes interminables; nos despertábamos furiosos por la provocación. Volví a los viejos hábitos, volví a mi caverna virtual. Los seres de luz me esperaban; estaban en todas las aplicaciones; habían colonizado toda la interfase y me rodearon con urgencia apenas entré. La derrota ha comenzado, dijo algo que no era sonido ni luz sino emoción pura. Comprendí mi error inicial. No era miedo ni terror al futuro aquello que había captado. Era pena, una tristeza cósmica por el destino de nuestra especie y, ahora que lo sabía, el

espacio virtual fue cubriéndose de áreas apagadas. Las criaturas habían cumplido su misión y se iban. Jamás pude explicarles que los seres humanos nunca, por muy avanzada que pareciera nuestra tecnología, logramos comunicarnos. Que el conocimiento se masifica porque existen dispositivos externos a nuestros seres; que la empatía es un evento raro y la hipocresía nuestra historia natural.

En total, el grupo aguantó una semana, apenas. En siete días el hambre era tal que nuestros intestinos se quejaban con un mugido gutural y amenazante. Los nervios estaban a flor de piel. Era solo cuestión de tiempo hasta que comenzáramos a matarnos.

Wakefield, quien no dejaba de alardear de su nueva condición paseándose orondo, sin protección, por la llanura congelada, esperó para darnos la solución. Teníamos que llegar a un estado de debilidad irrevocable, a un hambre de feto arrancado para renunciar a las que, estúpidos, considerábamos leyes irrenunciables.

La zona donde solíamos comer estaba al otro extremo del segundo contenedor, por lo que Wakefield tuvo el campo libre para preparar la sorpresa que nos derrotó.

Tuttle fue el primero. Se había levantado, hastiado de los dolores de espalda ocasionados por las horas en la litera, decidido a terminar con tanta miseria de una vez por todas. Nadie protestó ni intentó detenerlo. Sacudiéndose como una nuez en el mar, fue hasta la enfermería, el nombre demasiado presuntuoso con el que la Compañía designaba al botiquín de la estación. Este contaba con un número avaro de insumos sanitarios, más unos pocos instrumentos con los que realizar cirugías básicas. Los opiáceos los habíamos reservado para matarnos cuando ya no aguantáramos más pero, afirmó un Tuttle inesperadamente desafiante, para mí ese momento ha llegado, y al primero que intente detenerme lo pulverizo con mi láser.

Durante un lapso que pareció interminable no volvimos a escucharlo y, cuando volvimos a hacerlo, pensamos que estábamos delirando. Desde el extremo de la estación nos llegaba un sonido imposible: alguien saltaba sobre un charco poco profundo, como un niño tratando de salpicar a otro. Nos levantamos a duras penas, entumecidos por los días que habíamos pasado en las literas. A pesar de sentirnos débiles como ancianos, el enigma merecía el que

probablemente fuera uno de nuestros últimos esfuerzos. Encontramos un espejismo. Fue lo primero que pensé.

Tuttle, de pie frente a la mesa donde antes comíamos, devoraba unos bulbos rosados. No solo eso. Sobre la mesa, unas esferas irregulares humeaban desde sus respectivos platos. Las volutas llenaban mis narinas con aromas de jamón fresco, salsa murca como la que sirven en Murcadí Dextro, mejillones al escabeche.

—¡Tuttle! ¿Qué estás haciendo? —lo increpó Rosebud.

—¡Comffenddf! ¿Qué te parece que estoy haciendo? —escupió Tuttle, antes de volver a hundir la boca en el grasiento, cremoso, blando trozo de lo que fuera aquello.

Nadie volvió a hablar sino hasta un rato después. Ya estábamos muertos, de todas formas, y aquellas cosas eran deliciosas. Tiene el típico sabor de la carne mechada con tocino, comenté. Qué curioso, respondió Tuttle, el mío está hecho de pollo gratinado. No digan estupideces, nos corrigió Rosebud con su amabilidad característica, esta pierna de cordero al cognac es el paraíso. Pues la mía sabe a coliflor perfumado con especias, sostuvo con su falsa timidez Nightingale. Nada que ver, terció Darré, este cochino a la hawaiana está exquisito. Fue entonces cuando llegamos a una conclusión sorprendente. Aunque

los bulbos parecían idénticos, incluso en su textura, cada uno adoptaba un sabor distinto. Esas cosas sabían cuáles eran nuestros platillos preferidos; su sabor; el punto de cocción ideal según nuestra experiencia gustativa.

Lo mismo sucedía con los vasos; llenos de un líquido claro que tanto podía saber a jugo de naranja recién exprimida como a piña, limón o vino tinto. Nos habíamos salvado, pero todavía desconocíamos a qué precio. Antes, estuvimos dispuestos a comernos entre nosotros pero, ya satisfechos, comenzamos a lanzar teorías sobre el origen de los alimentos. Solo quien tiene el estómago lleno se preocupa por el origen de la comida.

—Respecto a la bebida —aclaré— prefiero no enterarme de dónde sale.

Y vacié mi vaso con un trago ansioso.

La respuesta vino de Wakefield, otra vez.

Nos mostró como cortaba, aunque sería más correcto decir “cosechaba”, los bulbos. Habían sido parte de su cuerpo. Los extraía con la ayuda del cuchillo serrado de reglamento. Primero abría una pequeña herida en la piel, y hundía allí la hoja. No sangraba. Luego seguía una línea, invisible para nosotros, que aislaba el bulbo, de un rosado brillante, hasta separarlo casi por completo del abdomen,

pecho o brazo, las zonas aparentemente más generosas. Llegado a este punto hago palanca con el cuchillo, indicó como si nos estuviera dando una clase de cocina, y la pieza cae sobre el plato.

Los bulbos saltaban con un ruido similar al tapón de una botella de champagne, y el producto resultante quedaba balanceándose sobre cada plato. Al final del “servicio”, el cuerpo lucía como una huevera vacía, como una puerta abollada a pelotazos. Una versión mordisqueada de Wakefield que, aprendimos, al cabo de unas pocas horas volvía a estar completo, listo nuevamente para servirse.

Wakefield, o sus subproductos, provocaban mucho sueño. Las siestas se prolongaban durante horas. Al despertar, lo encontrábamos esperándonos sonriente, ya con la siguiente comida lista sobre los platos. No podíamos ofrecer resistencia, nuestros cuerpos habían decidido antes que nuestro cerebro. Las manos volaban solas hacia la comida.

A pesar del estado general de satisfacción y la consiguiente mejoría del humor grupal, algo no me cerraba. Por lo visto, era el único. Ninguno de los científicos altamente especializados esbozó nunca nada parecido a una protesta.

Mi última salida al exterior ocurrió una tarde, entre un banquete y el otro. Me enfundé el único exoesqueleto que todavía funcionaba y le hice señas a Wakefield para que me acompañara. Reaccionó con un gesto nada tranquilizador, como si estuviera esperando mi invitación.

—Maldito seas, Wakefield —fue lo primero que dije cuando estuvimos solos, reprimiendo mis deseos de hacerle daño. Destripar esa cosa que de mi antiguo compañero solo tenía el caparazón.

—¿Por qué? Deberías estar contento. Tu amigo volvió de la muerte, ustedes van a sobrevivir y yo demostré que existe vida en este pedazo de mineral. Una vida muy exigente, es cierto.

—¿Qué es todo esto? Gracias a tus... pedazos he vuelto a sentir sabores que no recordaba. Mi madre cocinaba de esa forma. Pero también creo haber sentido el sabor a langosta estraburiana de Estrabur 8, una exquisitez que solo se hace una vez cada cien ciclos, en honor de su complicado sistema de estrellas. En otra ocasión sentí los efluvios de una animal muy agradable, un sabor almizclero, muy adictivo, cuyo origen desconozco.

—Sí, ese... —respondió, esquivando mi mirada sin terminar la frase.

—No me lo digas —rogué.

—Está bien, pero era algo que deseabas. Mucho. Y podría darte más. Ustedes, humanos, creen que son otros sentidos los importantes. Coronan a la visión como la reina. Olvidan lo bien que viven aquellos que rechazan los implantes y deciden seguir ciegos. Tiemblan ante la idea de perder la audición o el habla, como si no existiera el lenguaje de señas.

—No entiendo.

—Todos esos sistemas de captación se han desarrollado como auxiliares del rey de los sentidos: el sabor, para lidiar con sus dos sensaciones asociadas: el hartazgo y el hambre. La visión ayuda a ubicar una presa en el espacio, el oído guía al depredador hasta ella, así esté oculta en su madriguera. El habla ustedes la usan para comunicarse entre sí, pero esa función la desarrollaron miles de años después que naciera el primer aparato fonológico. Se creó para imitar los sonidos del animal que se desea comer, una actividad mucho más vital que intercambiar opiniones o conceptos inexactos, acuñados por vuestra ignorancia, con otro ser humano.

—¿Y el cerebro? ¿Para qué existen entonces el pensamiento matemático, las artes, el amor?

—Excusas. Solo eso. Disfraces simbólicos que esconden la única necesidad real, sin la cual la vida es imposible. Tanto el conocimiento como el poder no pueden existir si antes no se ha saciado el hambre. Y ella es apenas una de las manifestaciones de este sentido rey, capaz de grabar recuerdos gracias al sabor y recuperarlos apenas con su aroma. Han triunfado sobre las otras especies porque nunca se dieron por satisfechos. Lo que no pueden comer lo almacenan. Construyeron villas alrededor de esos depósitos, crearon ejércitos para defenderlos. Se reprodujeron como insectos hasta alcanzar el número suficiente para derrotar, no ya a otras especies, sino a otros grupos de humanos, arrojados por su déficit de proteínas contra las defensas de sus reservas. Y ese número excedentario de individuos solo fue posible gracias a la comida. No por la visión ni la percepción del sonido. Tampoco las piedras preciosas, el dinero o la fama, mucho menos el arte o la ciencia, mueven al mundo. Es el miedo al hambre.

—¿Pero cómo? Quiero decir, no entiendo cómo lo haces. Aquí no hay animales. ¿De dónde obtienes la energía para crear esos alimentos?

—Está en mi organismo. No deja de dar frutos. Y jamás lo hará. He sido colonizado. Y me alegro de ello. Ahora tengo un objetivo. El futuro. ¿Entiendes? El futuro nos pertenece.

—¿Nos?

—Somos una multitud. Ustedes creen que mastican un trozo del viejo Wakefield, pero soy millones. Viajamos a través de sus capas neuronales, buscamos recuerdos para reconstruir los sabores. Somos irresistibles.

—Lo sé —acepté —Supongo que eso explica por qué nadie volvió a quejarse. Es como si toda preocupación hubiera perdido sentido, como si toda pena o duda desapareciera, deshecha en cada bocado. Es...

Me detuve. No quise seguir. Ese estado de bienestar general, de ataraxia. Esa simpleza aburrida. Wakefield terminó la frase por mí.

—Es como si de pronto todo ocupara su lugar. ¿No? Como si el acto colectivo de comer y beber disipara todo lo malo.

No me atreví siquiera a mirarlo. No quería verle sonreír. No ahora, pensé, no por este motivo aunque sabía, sin necesidad de ningún dispositivo hologénico, que ambos estábamos pensando en la misma palabra.

Comunión. Religión. Religare. Re-uni3n de todos los seres hasta extinguir la curiosidad, el pecado original. Apagar el p3bullo de la filosof3a, superar la angustia existencial mediante la saciedad. Aprender a ignorar que vivimos expuestos, y que por encima de nosotros solo existe la intemperie metaf3sica. Todas las preguntas satisfechas con una sola respuesta: *como, luego existo*. El resto, ese moco impertinente llamado hipot3lamo, solo nos distrae de lo 3nico importante. Vivimos sufriendo por la fragilidad de la vida, pregunt3ndonos por qu3 somos apenas una flor en la pared de un barranco. Ahora podr3amos terminar nuestros d3as sin acordarnos del abismo.

Con los meses los platos fueron expandi3ndose. Cada comida nos dejaba m3s pesados, con menos ganas de hacer cualquier tarea. Engord3bamos a pasos de gigante. Apenas acabada la comida, nos ech3bamos a dormir. Lleg3 el d3a en que ya no nos levantamos m3s. Para entonces est3bamos hechos de la misma sustancia que los bulbos. Insensibles, nos arranc3bamos los pedazos. Solo dej3bamos de comer cuando nos venc3a el sue1o. Nos despert3bamos para volver a comer, cuando las heridas que nos hab3amos hecho ya se hab3an rellenado.

No podíamos parar. El único modo de renunciar a esa urgencia incesante por la comida era estar despierto, pero comíamos y dormíamos, nada más. Wakefield, o lo que llevaba ahora su nombre, parecía exento de aquella condena. Pertenecía a una etapa superior de la evolución. Desaparecía durante días en alguna parte del planeta. Volvía limpio, sin esferas visibles disgregando su cuerpo. Entendí el objetivo de ese comer con desesperación, sin parar. Solo Wakefield recibiría al personal de relevo. Antes, la gula nos acabaría. Desde donde estaba podía ver la litera de Rosebud, una Rosebud enorme. El peso de su cuerpo elefantiásico había doblado el grueso metal.

Wakefield sería devuelto a la madre nodriza. Allí, o más tarde en la Tierra, compartiría su novedad con la humanidad. La compañía buscaba fuentes de energía, pero se había encontrado con un competidor mucho mejor preparado. El dichoso planeta tenía vida, probablemente desde hace millones de años. Una civilización más desarrollada que la nuestra había escondido sus obsequios, sus pequeños conquistadores dormidos, sabiendo que tarde o temprano alguna especie los encontraría.

Recordé el brazo triste de la galaxia; sus lágrimas desatendidas. En los escasos minutos que la digestión me dejaba pensar, entre la vigilia y el sueño, una veloz sucesión de imágenes, dolorosas por su nitidez, me ofreció una visión anticipada de la caída de nuestra especie, de la discreta muerte de la curiosidad. Esta vez, todos comerán del fruto prohibido. Cientos de miles de Rosebuds soltarán las cintas de sus vestidos y se ensancharán. Millones de Nightingales quebrarán el espinazo de las camas, ahogarán a los Tuttle y Darré del mundo entre los pliegues de sus piernas. Los cuerpos, cualquiera termine siendo su tamaño, danzarán alegres en una coreografía por fin monótona. Miles de Wakefield serán liberados para siempre de dioses y obras. Las armas, inútiles, yacerán bajo el polvo. La riqueza, desatendida, ya no será el signo del mundo. La duda, pensé antes de apagarme inundado en una dulce nostalgia por el futuro, cederá paso a la desidia.

Y será hermoso.

CAMPOS DE MARGARITAS

SANDRA ROCHA GUZMÁN

La general Brenda Glenn limpió el sudor de su rostro, jaló aire por la boca, y corrió en dirección a las cápsulas de evacuación. El humo impedía ver el extenso pasillo con claridad. Las llamas se alzaban hasta el techo del crucero espacial. La travesía estaba llegando a su fin. El golpe de Estado había sido un rotundo fracaso.

El suelo retumbaba tras los furiosos embates provenientes del exterior. Glenn trastabilló en un par de ocasiones pues los cadáveres poblaban cada rincón de la nave. Hombres fieles, gente de bien, "un montón de inútiles", pensó la general. Al parecer la batalla había cobrado la vida de todos en la tripulación, todos excepto ella.

Cada paso evidenciaba la magnitud de su fracaso: estaciones de trabajo en completo abandono; multitud de alarmas anunciando la severidad de los daños; pérdida de

energía en la mayoría de los sistemas de arranque. Sin más opción que una humillante huida, Brenda se acomodó en el interior de la cápsula de escape, ajustó el cinturón de seguridad, y rogó porque su padre tuviese listo el plan B para cuando ella llegase.

El vehículo de emergencia fue expulsado hacia la negrura del espacio, dejando atrás todo el arduo trabajo de varios meses de violenta revolución. No todo estaba perdido aún. La general alzó el rostro, analizó su siguiente movimiento, repasó los cálculos en su mente. El plan B consistía en la máquina más eficiente de la historia: un millar de paneles solares circundando la estrella central del sistema BORA, a treinta años luz de distancia. Se trataba de un viejo diseño rescatado por su padre, el Dr. Kuno Glenn, y financiado mediante ingeniosos desvíos de recursos. El sistema BORA, marchito e inhóspito, resultaba el lugar perfecto para fundar la rebelión.

Un disparo alcanzó el vehículo de evacuación. La general giró la cabeza hacia un costado y vio a cientos de naves de combate acercándose a toda velocidad, cada una de ellas pilotadas por guardianes de la ley. Brenda desactivó los controles automáticos para adentrarse en el cinturón de asteroides de Saturno, al corazón de su guarida. La órbita

seguida por los meteoritos se interrumpía brevemente con inesperadas colisiones. Glenn aceleró. Un acto suicida para un piloto novato, pero no para ella.

Colosos de roca y níquel al frente. Tropas enemigas pisándole los talones. Brenda activó los sistemas de comunicación.

—Marco Herrera, Marco. ¿Me copias?

—Fuerte y claro, mi general.

—Como pudiste notar, fallamos. No tuve tiempo de iniciar el protocolo de autodestrucción. Quiero que vueles mi crucero.

—Mi general, escanéé signos vitales provenientes de su nave. Algunos hombres todavía siguen con vida. Puede que más de los nuestros logren llegar a las cápsulas...

—Negativo. Yo misma apagué todas. No quiero sobrevivientes.

—General Glenn, no entiendo...

—No quiero riesgos, Marco. La ley no puede dar con la ubicación de mi padre. Vuélos.

—Son leales, mi general, ninguno va a hablar...

—¡Vuélos!

Marco Herrera acató la orden. La explosión resultó cegadora por un momento. El impacto alcanzó a algunas

naves enemigas. A pesar de ello, el daño a la flotilla rival fue despreciable en comparación con su superioridad numérica.

—Está hecho, mi general. Mantenga la velocidad y debería llegar a la estación espacial ZEGNA en trece minutos. —La voz de Marco se quebraba de tristeza.

—Gracias, Marco, hiciste lo correcto —dijo ella, luego pisó a fondo el acelerador.

"Novatos, solo son novatos", repetía Brenda entre dientes, al tiempo que maniobraba entorno a los incontables fragmentos rocosos. "Plan B. Plan B. No sabrán que los golpeó", pensó. Con la energía generada por el artefacto de su padre, el plan B consistía en desintegrar la capital de la galaxia de un solo golpe; la energía de una estrella entera, martillando a los opresores. Después de eso, la galaxia no tendría otra opción más que rendirse a sus pies.

Otro vistazo al retrovisor. Esta vez el número de vehículos decrecía considerablemente; los impactos con los meteoritos eran casi inevitables. "Cual moscas, cual moscas", gruñó Brenda, quien por fin ganaba terreno en la persecución.

Una gota de sudor caía sobre el tablero en cada maniobra. Sortear los proyectiles requería suma concentración. En cuestión de minutos, la flota rival se perdió a la distancia, y la estación espacial ZEGNA por fin estuvo a su alcance. Ubicada en la exósfera de Saturno, se trataba del más sofisticado medio de transporte, el único método para viajar a la velocidad de la luz.

El acoplamiento con la estación no tuvo contra tiempos y, una vez que el umbral entre la cápsula y la ZEGNA fue desplegado, Glenn flotó por el pasillo en dirección al cuarto de controles, al inmenso teclado que habría de llevarla hacia su padre.

—Marco, ¿sigues ahí?

—Sí, mi general. Dese prisa, por favor, algunos enemigos siguen en camino. Programe la ruta hacia el sistema BORA, la estamos esperando.

—Tranquilo, Marquito, ya dejé a todos atrás.

Brenda arribó al centro de mando y tomó su lugar en el asiento principal. El sonido de los motores de la ZEGNA fue como música para sus oídos. Llevó los propulsores al máximo, y cuando se dispuso a presionar el botón que la reuniría con su gente, con Marco y con su padre, una ráfaga enemiga impactó la estación.

—¡Alerta, daño severo a las reservas de energía, alerta!

—Las alarmas de la estación espacial se activaron.

—¡Carajo! —El grito de la general desgarró su garganta.

Los dedos de Glenn se deslizaron sobre el teclado de mando.

—¡Activando escudos de emergencia, reserva de energía comprometido! —dijo la voz proveniente de los altavoces. El exterior del vehículo espacial se bañó en una intensa luz azul.

—Marco, calcula mi trayectoria —dijo Brenda, a la vez que más proyectiles alcanzaban la estación.

—Mi general, este no es un vehículo de combate. No puede dar el salto a la velocidad de la luz con los escudos encendidos, no en este estado.

Una segunda nave apareció en la ventana. Los impactos no causaban daño alguno... por ahora.

—¿Y si apagó todos los sistemas? Todos excepto los escudos y los propulsores... —preguntó Glenn.

—Mi general, no lo recomiendo —respondió Marco Herrera, con genuina preocupación.

—¿No alcanzaría a llegar a BORA o qué?

—Tal vez sí, pero, pero...

—¡¿Pero qué, cabrón?!

Más disparos estallaron contra los escudos del vehículo.

—El sueño criogénico —inquirió Marco— no habrá energía suficiente para el sueño criogénico.

—¡¿Y?! —estalló Brenda de ira.

—Son treinta años, mi general.

Una nueva ráfaga sacudió la estación espacial.

—Pues te veo en treinta años, Marquito —respondió Brenda de inmediato, sin pensarlo dos veces. —Dile a mi padre que se apresure con el plan B. Debe estar listo para cuando yo llegue. Ustedes échense un buen sueño.

—Mi general, el Dr. Glenn quiere hablar con usted, lo pondré en la línea, dice que el plan B no es necesario...

—Ja, ja. Mi padre, iluso como solo él mismo. Dígale que por una vez en la vida no cuestione mis órdenes.

Y así, tras presionar el botón, los sistemas de comunicación se desconectaron de inmediato, pues el viaje había comenzado. Las estrellas se desvanecieron alrededor de la estación ZEGNA. Brenda se apresuró a desconectar todos los sistemas no indispensables. La oscuridad inundó la estación espacial. La general conectó un suero de alimentación a su brazo, luego se desplomó en el suelo. "Un merecido descanso", pensó por un instante. La voráGINE

del combate había quedado atrás, más su corazón aún palpitaba con la misma intensidad de los instantes previos. Nada de qué sorprenderse. Brenda Glenn llevaba años viviendo en un estado de alerta constante. Siempre atenta a cualquier indicio de amenaza, siempre mirando por encima de su hombro.

Ahora, la soledad absoluta resultaba no menos inquietante.

La nada total. Brenda recorrió con la mirada cada centímetro de la estación. Se aprendió de memoria cada recoveco, cada imperfección del espacio que habitaba. La ZEGNA solo estaba equipada con lo esencial: ducha, sueros alimenticios, incómodos camastros. Glenn odió a los ingenieros que omitieron elementos de ocio en el diseño. Después la general maldijo a todos por un largo rato, no solo a sus enemigos, también a Marco, también a su padre, y por supuesto, a sus "inútiles soldados" del recién extinto crucero de combate.

Y los treinta años siguientes transcurrieron en completo silencio, a veces interrumpido por los monólogos de la general. En ellos daba discursos de victoria, alentando a sus hombres a seguirla por siempre. En ocasiones relataba en voz alta sus hazañas de combate, sus innegables actos

de heroísmo, de valentía, inspirando a millones. También solía tener largas discusiones con su padre, el Dr. Kuno Glenn, quien se aferraba a usar la energía del plan B para sus absurdas investigaciones. No solo eso; cuando la quietud era aplastante, los rostros de miles de soldados caídos invadían sus pesadillas.

Silencio. Un largo silencio. Luego los monólogos se detuvieron.

Soledad y amargura. La negrura del espacio envenenó su caprichosa alma. La general pasó la segunda mitad del viaje sin decir una palabra. Diseñó el resto del plan a la perfección: la aniquilación del sistema solar, su ascenso al poder, la transición de la capital al sistema BORA, su reinado absoluto a través de la galaxia. Trazó mapas en su mente, guardó notas importantes en su memoria y, después de ello, se preguntó qué pasaría si replicaba el plan B en los sistemas circundantes. Martillaría a quien cuestionara sus órdenes, sin importar quién fuera. El mejor método de adiestramiento. El plan B le otorgaría el control total del universo.

Brenda Glenn envejeció en soledad, aislada, peleando en su mente una guerra sin cuartel.

Silencio. Un silencio perpetuo. Los bocetos de sus conquistas plagaron sus anhelos. La amargura de su espíritu recrudció los surcos de su piel.

Luego volvió la luz.

—Bienvenida, mi general. —Los sistemas de comunicación recuperaron la conexión.

Brenda quiso hablar, pero el intento resultó doloroso.

Glenn jaló aire por la boca y, emocionada como una niña pequeña tras recibir un regalo de cumpleaños, sus ojos se iluminaron de emoción.

—Marco Herrera. ¿Me extrañaste, novato?

—Todos lo hicimos. Quédese ahí, estoy yendo por usted personalmente.

—Hasta que sales de tu escritorio, cabrón. —Esta vez la general quiso gritar de alivio.

—La ocasión lo vale. —El colega estaba genuinamente feliz.

Tal como Marco lo predijo treinta años atrás, la estación espacial agotó su energía justo al terminar el viaje. No importaba; el planeta BORA-I, completamente inhabitable, se percibía ahora en el horizonte. Era el escondite perfecto. El sistema que servía como base

de mando para la rebelión pasaba completamente inadvertido. Nadie iría hasta allí para buscarlos. El sistema BORA estaba muerto y marchito desde adentro.

La ZEGNA flotaba inerte en el espacio cuando la nave de Marco se acopló. Brenda lo esperó inmóvil y, con el orgullo herido, dejó que su aliado la levantase del suelo. Frágil, con la piel pegada a los huesos, se abrazó con firmeza a él.

—Si le dices a alguien de esto, si alguien se entera de que me cargaste, te asesino.

—Usted nunca va a cambiar, mi general —exclamó Herrera.

En el rostro del ahora anciano se dibujó una sonrisa. Las arrugas indicaban que él tampoco había entrado al sueño criogénico. Brenda no pudo evitar fruncir el ceño, pues Marco había desobedecido sus órdenes; ella solicitó claramente que tanto él como su padre durmieran en su ausencia.

La puerta se abrió de par en par, ambos ocuparon los asientos, y volaron juntos hacia BORA-I. La general miró a un costado, y agradeció con toda su alma que el viaje hubiera concluido. La sensación de ver a otro ser humano

junto a ella era inexplicable. Los dos viejos aliados soltaron un suspiro.

—Comunícame con mi padre. Ya está apuntando el plan B hacia el sistema solar, ¿cierto? —dijo Glenn, y de repente la severidad volvió a su rostro —Quiero ser yo quien jale del gatillo.

—Por favor, mi general. Se merece un descanso. Su padre ha preparado algo muy especial para usted. Verá...

—No respondiste mi pregunta, camarada. Tenemos a la capital en la mira, ¿verdad? —Brenda desenfundó su arma, y apuntó a la sien de Marco, quien tembló de nervios al instante.

—Me... me...

—Habla bien, idiota.

—Me temo que no. Su padre agotó la energía del plan B cinco años atrás. —Marco respiraba con dificultad.

—¿Que hizo qué?!

—Él dijo que era mejor de esa manera. Dijo que sería importante para usted.

Glenn cerró los ojos. Sentía que la ira perforaba sus entrañas. Treinta años para nada. El imbécil de su padre, obsesionado con sus insignificantes investigaciones,

traicionó la última orden a conciencia. Debió suponerlo: era imposible dejarlo sin supervisión por mucho tiempo. Sus ideas radicales debieron expandirse como plaga entre su gente durante los últimos años.

—¿Dónde está?

—Mi general, déjeme explicarle...

—¡¿Dónde está mi padre?!

—En un crucero rumbo a BORA-II, a una hora de aquí, está supervisando la...

—Vuélalo.

—Mi general...

—Vuela al traidor. —Brenda presionó con más fuerza el arma. —Vuélalo o te asesino.

La nave de Marco entró a la atmósfera de BORA-I, al tiempo que el hombre activaba el protocolo de autodestrucción del crucero del Dr. Kuno Glenn, quien murió al instante. Los sollozos de Marco no se hicieron esperar; estaba desecho, apenas y logró aterrizar su vehículo en la superficie del extraño planeta.

La general bajó el arma. Deseó por fin tocar tierra. Cuando las compuertas se abrieron, las palabras de Marco Herrera estuvieron de sobra. BORA-I, supuestamente marchito, desde siempre podrido, brilló repleto de vida en

todo su esplendor. Verdes praderas. Altas colinas. Nubes turquesa flotando en una eterna primavera artificial. Campos florales hasta donde alcanzaba la vista. Un paisaje diseñado con el más longevo amor.

Ambos pasajeros descendieron de la nave.

—Verá, el Dr. Glenn hizo lo mismo en todos los planetas BORA, usó toda la energía para preparar su regreso. Él creó esto. Dijo que las margaritas son... son...

—Son mis favoritas.

Una lágrima caduca, efímera e inútil, rodó por la mejilla de la general.

— — —

LA TAKEOVER

ANÍBAL HERNÁNDEZ

Al aterrizar, un alto y ancho negro ensacado con lentes de sol me pegaba un escáner retinal en el rostro. La máquina concluía que yo era cien por ciento humano, a pesar de mis implantes subcraneales. A mi acompañante, en grandes números y letras rojas, desplegó, por igual, que era cien por ciento humana, aún siendo una IA encarnada. Aprobados, ingresamos al Joyo, el mejor centro de entretenimiento marginal en toda la *Central Corporation Republic*.

— *Welcome to The Joyo! Your pleasure is our pleasure.*

Caminando por el largo pasillo hacia el interior, volteé para observar a Miguel M., el negro ensacado, quien bajó sus gafas y me guiñaba su ojo artificial para indicarme que todo iba «suave», a pesar del encargo o mi acompañante.

Dentro, tanteé el ambiente. No era muy diferente a la última vez. Los mismos *cueros* ofreciéndose en novedosas ofertas; jaquers gavilleros esperando al próximo cliente desesperado; piperos bits conectados a la Red con improvisadas consolas de latón y cables análogos insertados a sus corticales, y lo peor de la fauna: el Turista. No el manso que sueles ver dentro de playas o bajo los biodomos disfrutando del paraíso isleño, sino el que buscaba la experiencia del mejor corte. Blanquitos, y no tan blanquitos, venidos desde los diferentes conglomerados del norte, adictos al subdesarrollo veraniego y que tenían en El Joyo la piedra mayor dentro de la gran corona del porno social antillano.

—Cero, indicaciones —solicitó L4iKa, mi acompañante.

La tomé del brazo y nos dirigí a una manada que recién llegaba gracias a alguna oferta de paquete todo incluido. Muchos eran *college boys* & *girls* que venían a descojonarse antes de pasar a la vida adulta, los otros eran los ya adultos que regresaban por más. Pero el contrato lo había hecho para la extracción de una miembro de la tercera categoría, la que se volvía cada vez más numerosa: los foráneos que habían sido desechados por sus propios conglomerados.

Estos se quedaban en El Joyo formando parte de la oferta nativa. Los miserables devaluados se acumulaban entre los callejones y vitrinas de los niveles superiores hasta que los créditos se les acababan y eran apropiados por los círculos inferiores para que saldaran sus deudas a la Compañía.

—Accesando —contesté.

Me conecté remotamente a la Central, busqué entre los esquemas verdes fluorescentes las descripciones de los niveles y sus respectivas puertas de acceso. La nuestra estaba en un *gift-shop* cercano, una casita de madera decorada con coloridos lagartos de metal y cocoteros de plástico. Abracé a L4iKa, avanzamos como la ordinaria pareja de vacacionistas maravillados por el folklore local, todo acorde a nuestras credenciales. Miguel M. nos había preparado los *covers* gracias al Primo, el contacto que tenía dentro de la corporación y que sería nuestro apoyo dentro del Joyo.

Ingresamos al ascensor, presenté el microchip insertado en mi índice. Sin problemas, la Central me dio por válido. Indiqué a la consola que nos llevara directamente al sexto nivel. El Joyo contaba con diez de ellos, solo el primero sobre tierra, el resto se hundía en las entrañas de la *Republic* tomando forma de embudo. El exterior ocupaba alrededor

de un kilómetro de diámetro, diseñado como barrio periférico de casuchas, casinos y callejones con letreros luminosos. Los primeros cinco eran de acceso abierto a todo Turista, donde residían los extranjeros criollos en servicio de los primeros. Desde la nueva partición de la isla y la fundación de la *Central Corporation Republic*, todos fuimos convertidos en extranjeros en la tercera república para favorecer a la *Profit*, la divinidad primigenia venerada en las tres naciones.

A partir del sexto nivel se necesitaban permisos especiales incluidos en los paquetes más costos, a los cuales no accedían los *college boys* ni los criollos que no estuviesen en nómina. Después del noveno, solo era por invitación. Ni siquiera M. pudo logrnarnos el acceso. Por eso me la había arrimado. L4iKa se conocía en la calle como una «descifradora», podía forzar cualquier cerradura, anular cualquier contramedida, sistema de detención o mecanismo de seguridad análogo. Un arte en desaparición cuando todo lo de valor había sido resguardado en lo virtual. Aunque en realidad esta era su única opción, ya que L4ika consistía en una *Incarinated Artificial Intelligence*; una inteligencia artificial condenada a ser encarnada en un cuerpo sintético. Estas perdían la

capacidad de conectarse a la Red como castigo a sus crímenes contra la humanidad. Era el trato humanitario obtenido por los activistas; antes eran lobotomizadas hasta convertirlas en programas para ensamblaje automotriz.

—*Welcome to the sixth level!*

En el expediente de L4iKa (nunca se debe entrar en sociedades con desconocidos) informaba que había sido la cabeza de un sistema de defensa en Europa del Este. Al caer su conglomerado, en una guerra corporativa, fue declarada criminal de lesa humanidad por los vencedores y sometida al *embodiment protocol*, sin contar con la mínima asistencia legal, según se comentaba.

—¡*Aloha!* —gritó una pequeña mulata de grandes senos desnudos y falda de hojas. Sostenía en una bandeja plateada piñas coladas y pastillas de diferentes formas y colores. Nos daba la bienvenida a la «noche hawaiana». Le agradecemos con buena propina, tomamos las bebidas y nos marchamos a la entrada del próximo nivel, esquivando cada fiestero que nos encontrábamos. Deseché mi piña colada en un apático ídolo de barro que nos observó llegar al siguiente elevador. Con uno solo no podíamos pasar

directo de un nivel al siguiente, debíamos abordar otro distinto. La gerencia se aseguraba que la clientela caminara y viera lo suficiente de cada nivel para que algo o alguien atrapara sus créditos.

En el nuevo cambio, mostré mi índice una vez más, pero esta vez se nos había arrimado una pareja de Turistas: Mr. Handword, un amable caballero anglosajón, de unos casi cincuenta años, acompañado de un anónimo y delgado andrógino con piel tatuada e implantes visibles en su nuca. El señor Handword me sonrió. Nos invitaba a que los acompañáramos. Decía que podríamos beber y conversar toda la noche. Le agradecí. Después me excusé. Era claro su interés por mí. Le dije que quizá más tarde. Mi compañera y yo bajaríamos unos niveles más para ver toda la oferta del lugar. Le aseguré que éramos primerizos en El Joyo.

No me creyó.

—*¡Bienvenidos al séptimo nivel!*

Una nueva azafata; el tema: «noche lunar».

—¿Qué podemos ofrecerles? —nos preguntó mientras mostraba un carrito de postres al tope de estilizadas

imitaciones de cascos espaciales—. ¿Cosmonautas, astronautas o taikonautas?

Bajo la mirada atenta de Mr. Handword, elegí un *gagarin*, L4iKa un *apollo* blanco con rayas azules y él, con un ligero ademán, indicó que no le llevaran. Los cuatro acompañamos a la azafata por un nuevo pasillo solo iluminado con piedras lunares fluorescentes a los lados, indicando las entradas a las habitaciones abiertas a todo invitado. En una de las recámaras había cuatro *espaciales* que jugaban a la abducción, escudándose en el anonimato proporcionado por sus cascos. Una extranjera criolla acostada en una mesa metálica de forense era sondeada fervientemente por todos sus orificios por los cuatro extraterrestres. El más alto, dándose cuenta de nosotros, alzó su copa y con la otra mano nos hizo seña de que éramos invitados a pasar. Sonreímos en agradecimiento. Le di el mismo argumento que había dado al viejo que seguía a mi lado, siempre atento. Ya me era evidente que Handword y su acompañante eran miembros de la seguridad, encargados de verificar a los *guests*. L4iKa llegó a la misma conclusión. Así que se quitó el casco, me haló hacia ella, removió mi *gagarin* y pegó sus labios con sabor a *chiclet* de cereza a los míos. Entonces me apartó y dijo a

la muchacha que requeríamos una cámara de aislamiento —la privacidad no estaba incluida en el paquete—. Le mostró su rara sonrisa para humanos, la cual debió haber practicado tantas veces, e hizo la transferencia. Dejábamos atrás la media sonrisa del anciano y la «insonrisa» de su acompañante.

Encerrados en una cámara hiperbárica, decorada con cerámica roja y grandes hojas de plátanos, LÁiKa comenzó a desnudarse.

—Eran de control.

—Lo sé —repliqué, observándola de reojo—. Nos movemos muy rápido. Debimos durar más tiempo en los primeros niveles.

—No, debemos entrar y salir en una sola noche, como acordamos con M. —contestó mientras encargaba en la consola nuestras nuevas ropas. Luego jaqueaba el sistema, borrándonos de él, a través de la consola informática para los *guests* de la habitación.

—Es solo la ronda de la noche, rutina. No tienes por qué preocuparte. En todo caso, si están sobre nosotros, tenemos una forma de despistarlos —agregó, señalando mi dedo.

De la cámara al lado de la consola, salió el BIP esperado. L4iKa abrió la compuerta de cristal y sacó las ropas recién materializadas. Del *smoking* que me correspondía todavía emanaba vapor. Le dije que esperáramos unos segundos, no podía ponérmelo así todavía.

—Muy bien —dijo mientras vendaba mi sangrante dedo del cual había extraído el microchip. Después sentó su cuerpo veinteañero, mulato, de gruesos muslos y nalgas redondas a mi lado.

—¿Qué tanto confías en M? —preguntó, inexpresiva.
Dudé por unos segundos.

—Lo conozco desde muchachos... gavillábamos juntos antes de la extranjerización —contesté, observándola con detenimiento. Luego agregué—: M. era nuestro «músculo» y transporte, pero unos veranos atrás desapareció. Cuando finalmente supimos de él, hace unos meses, ya no tenía ojo ni implantes. Algún trabajo hizo con desconocidos, dejándonos fuera... la calle asegura que fue la Compañía que lo atrapó y entuertó.

—¿Y cómo sigue entre nosotros?

Me encogí de hombros.

—No sé, solo sé que ya se quemó... nadie quiere trabajar con él.

—Pero tú sí...

Me quedé callado.

No tenía por qué justificarme ante una «cosa».

Además, el trabajo no iba tan *suave* como M. había asegurado; pero en realidad era algo que me esperaba. Yo tampoco confiaba en él. Pero al final, solo necesitaba esta picada más y tendría lo suficiente para dejar la *Republic*. Este más y tendría lo suficiente para adquirir mi licencia de criollo nativo en la segunda nación de la isla. No más *gavilleo*. No más azare... Aunque también la entendía...

Ya había caído una vez. La próxima la borrarían.

Me indicó con la cabeza que nos íbamos. Salimos por la puerta trasera, oculta a los clientes, en caso que el anciano siguiese del otro lado. L4iKa la había ubicado con el craqueo a la consola. Zigzagueamos entre más azafatas y hombres del espacio con largas copas y bebidas espumantes. Sin mi chip, L4iKa tuvo que forzar el último ascensor.

—*Benvenuto all'ottavo livello!*

República montonera.

Los Turistas podían blandir sus colines para amputar los miembros a todo extranjero criollo en servicio del piso. Los cirujanos corporativos se los reinstalaban, o si sufría la extremidad algún daño irreparable les proporcionaban un sustituto cibernético. Y, por supuesto, eran los mejores pagos; al menos eso presentaba la propaganda en los informes anuales de la pequeña oficina sindical de la Compañía. También ladraban que los favoritos del nivel eran llevados por los Turistas a los conglomerados donde podrían repetir sus hazañas en sociedades secretas, producciones de cine no holográfico de acción o terror y otras actividades prohibidas a los criollos de esas naciones. Hacía unos tantos años, antes de la segunda división de la isla, el Comité Corporativo Central (CCC) había negociado, por iniciativa propia debo decir, sacar a sus ciudadanos y ciudadanas del Sistema Internacional de Derecho —todo por la *Profit*—. Irónicamente, en el mismo año que las IA ingresaban al ser declaradas seres vivos conscientes.

Otra razón más por lo que no me gustaba gavillar con una de ellas.

Llegamos a uno de los *buffets*, cocinaban a un puerco en puya que uno de los *guest* había cazado a machetazos

como estipulaba su contrato. Buscábamos al Primo, el quinta columna de Miguel. Con rama de orégano en mano, una diminuta cocinera se nos acercó. Retorcida y arrugada, parecía uno de los chicharrones que preparaba a los cazadores, nos indicó que nos daría plátanos hervidos para acompañar la carne que recién nos había servido. La seguimos hacia el fogón de la cocina dentro de una casucha de madera. Lejos de miradas ajenas, nos confió:

—Vea, aquí están, *juventuse*. —Nos sacó de una de las ollas una funda impermeable sellada. Al abrirla le entregó a L4iKa un arma de cerámica y plástico casera. Disparaba tantos voltios cada ceropuntodos segundos a una distancia de tantos metros, decía. Ella misma la había *mecaniqueado* con los pedazos canibalizados del Joyo. Con el utensilio, L4iKa debía de protegerme cuando me conectara a la Central, ubicada en el décimo nivel, y encontrara a Anne Marie, el contrato.

Su padre era un CEO de una de las trasnacionales del conglomerado galo. Hacía unos veranos, en visita vacacional a uno de los biodomos de la isla, la muchachita conoció a Damas, un criollo bien construido, guardia forestal en uno de los manglares. Cliquearon a primera vista. Ella, enamorada, lo siguió hasta la marginalidad y

terminó en una de las grietas. El guardia se había hartado del poco aguante de la muchacha y había desaparecido de la Red, análoga y virtual, mientras ella encallaba en El Joyo. La familia la había cortado ya del sistema familiar, pero la culpa al final los alcanzó. Contrataron a Miguel M. y después él a mí. El mejor gavillero con el que había cabalgado, el de más capacidad, me había dicho para convencerme, a su «pana del alma».

A pesar de la labia, había investigado —nunca se debe entrar a sociedades con desconocidos—; el rumor era que Anne Marie había sido sacada de la calle y adoctrinada. Nadie pudo informarme exactamente por quién. Quizá por los Verdes, los ecoterroristas; o por los Hijos del Sol, los trujillistas de turno; o quizá por el sistema de inteligencia de alguna de las otras dos naciones de la isla. Siempre tomaban muchachas bonitas y socialmente desahuciadas, las «limpiaban», entrenaban y se las arrimaban a sus objetivos dentro de la *Republic*. Mi apuesta era la misma, lo que había visto decenas de veces. Una tecata que deambulaba en algún callejón de los primeros niveles buscando terminales que no podía costear. Finalizaba siendo usada por la Compañía o por un jugador menor hasta que perdiera toda utilidad.

Ahora necesitaba el registro de la Central para ubicarla. Si ella todavía poseía un biochip, la tendría en unos segundos. En caso contrario, tendría que revisar los bioregistros del último año. Algunas dos horas de exploración... por eso la cerámica de L4ika. En esos posibles 120 minutos en que quedaría vulnerable, L4ika sería mi músculo.

El Primo nos dejaba, era el final de su turno de tres días, y como habíamos cuadrado con Miguel, ambos nos esperarían con el transporte en el primer nivel.

—Se me cuidan —nos dijo la anciana, señalándonos el camino al próximo cambio de ascensor.

L4iKa jaqueó el panel de control. Necesitó menos tiempo esta vez.

—*Dobro pozhalovat' na devyatyy etazh!*

Un miserable bar dominaba el gran salón a oscuras. Alrededor de la barra: unos diez jevitos con cervezas que habían dejado calentar. Jóvenes, hermosos y plásticos. Ante todo plásticos. Una de ellas empezó a arreglarse sus tetas debajo de su ceñido vestido, convidándomelas.

—*Security* —me cortó L4iKa, creyendo que había aceptado la invitación.

Al oírla, los diez cibernéticos se lanzaron contra nosotros. Mi seductora abrió el brazo izquierdo del que salía un puñal retractable de al menos medio metro. Lo mismo con los otros, cada uno con algún tipo de arma blanca, listos para matar en silencio y no interrumpir la experiencia veraniega. Esperé el apoyo de mi «músculo», pero L4iKa solo se quedó mirando al vacío mientras las criaturas avanzaban hacia nosotros. Mi tetona estaba a una zancada. Me cuadré creyendo que podría pelear de tú a tú contra ella, cuando esta se precipitó aparatosamente al pegajoso suelo. Luego sus camaradas. Uno a uno, a nuestros pies. Observé resignado a L4iKa.

—¿Nunca te aplicaron el protocolo?

—Sí —rió con suavidad—. Pero al mes lo había superado —agregó con su sonrisa para humanos.

—*Welcome to the tenth floor! Remember: Your pleasure is our pleasure.*

Ingresé después de ella, a quien no le afectaba el agobiante olor a sintético quemado mezclado con el hedor

dulzón de la grasa carbonizada. A los cuatro guardias armados y a mí sí, pero a diferencia de ellos, yo no tenía máscara.

L4iKa quebró el cuello al primero, el segundo le disparó una vez en el torso antes que lo levantara sobre su cabeza arrojándolo a los otros dos. Y sin que pudieran incorporarse a tiempo, fulminó a cada uno con sendas descargas. Le arrancó al más próximo su máscara y me la puso. Intenté tomar el arma de uno de los seguridad, pero L4iKa me lo impidió. Dijo que podrían detectarme a través de ella. Luego, me señaló el gran cubo luminoso que resguardaban los finados. Caminamos hacia él. Observé lo circundante, todo el piso consumido por un incendio pasado. Restos de muebles, decoración y personas. Todo reducido a caricaturas abrasadas de lo que fueron. Algunos cadáveres todavía estaban conectados a los puertos de la Central. Inclusive, entre los escombros, me pareció ver pequeños huesos ennegrecidos.

Pero dentro del cubo todo era diferente, consistía en una prístina y reluciente sala blanca en la que yacían cuatro viejos acostados, uno al frente del otro, formando una cruz. Todos conectados a la Red con sendos cascos neurales. Los inmutables eran atendidos por el camarero,

ahora escondido detrás del carrito de bebidas. Me le acerqué.

—¿Y estos?

Me contestó solo con balbuceos y lágrimas. Lloraba mientras fijaba su mirada en L4iKa que se encontraba a mis espaldas.

¡ZZZZTTTTTTTTTTTTTTTT!

Fulminado también.

—Tenemos poco tiempo. El mayoral debe haber informado de nosotros. Es todo más rápido si lo ves tú mismo.

Me encontré en el que parecía ser el décimo nivel antes del incendio. Vi a Turistas y criollos, hombres y mujeres opulentos, rodeados de camareros, bailarinas y seguridad. Comían y bebían sin mañana. Reconocí a varios: el flamante nuncio de la tercera república; uno de los representantes del senado local; al menos dos pasadas glorias del CCC; un antiguo conductor de televisión infantil. En resumen: los Carroñeros, la categoría oculta. La que se alimentaba de las demás. En el medio de ellos, unos seis niños desnudos conectados a una interfaz decorada con payasitos y unicornios. Los camareros se

acercaban a los agasajados, estos sacaban sus cordones corticales de sus nuca y se conectaban. Pensé que no me gustaría ver qué hacían con ellos en lo virtual.

—Haces bien —me pensó la voz de L4iKa.

De la nada, uno de los camareros sacó una *Glock* de cerámica y disparaba a dos de los guardaespaldas. Una de las bailarinas abría su mano izquierda de la cual emergía un largo *colín* con el cual apuñaleó a tres seguridad más. Los Carroñeros noconectados intentaban escapar, pero desde el ascensor llegaban L4iKa, esta vez pelirroja y caucásica, Miguel M. y Anne Marie con sendas armas largas, acribillándolos en el acto. Detrás del trío venían los sintéticos del piso nueve. Una de ellos, me pareció el mismo modelo que mi tetona, corrió hacia Anne Marie esquivando sus disparos y decapitándola de un solo tajo. Su cabeza rodó entre las danzantes que trataban de escapar. Una de ellas pateó la cabeza propulsándola al lado de su ya muerto camarada, el falso mozo, empalado por otro de los cibers. Miguel se encontraba de rodillas, ahora tuerto y a punto de ser ensartado, cuando todos los jovencitos plásticos cayeron al suelo, unos treinta al menos. L4iKa finalmente los había descifrado.

La bailarina ayudó a Miguel M. a incorporarse mientras la IA buscó entre los cadáveres y sobrevivientes la cabeza de Anne Marie. La tomó, observó por un segundo y luego la envolvió en un mantel blanco depositándola con extremo cuidado en una mesa de cristal. Ahora, ordenaba a M. que se adelantará, ella escondería su rastro, afirmó que una sola persona podría pasar a través de la seguridad como empleado o Turista herido. Al llegar a los niveles superiores, debería crear una distracción con ayuda del Primo. L4iKa y la bailarina aprovecharían y subirían con los niños. Miguel obedeció de inmediato. Entonces, la IA una vez más se introdujo en varios de los ciberblanquitos y los puso a sus servicios. Estos empezaron a cargar a los niños. Los que no tenían infantes les indicó que serían la vanguardia, defenderían al resto de la milicia corporativa.

—Cualquier que se quede será «cancelado» por el señor Handword —gritaba L4iKa a los asalariados sobrevivientes—. Todo el que se comprometa a defender a los niños lo sacaré del Joyo junto con ellos a un lugar seguro.

Algunos aceptaron, otros se sentaron a esperar que L4iKa se fuera con su grupo y todo volviera a la normalidad. Ya habían visto cosas como estas y

no les impresionaban. L4iKa aceptó, nadie estaba en obligación de seguirla. Pero antes, debía encargarse de los Carroñeros que seguían vivos. La realidad virtual continuaba bloqueando sus sentidos a pesar de estar los infantes desconectados, una subrutina los mantenía en estasis hasta que fueran introducidos a la Red nuevas criaturas por el personal de servicio. L4iKa tomó uno de las armas largas y los ametralló, desmembrándolos, convirtiéndose el conjunto en una pulpa amarillenta y rojiza. De repente, paró.

—¡No! —chilló.

El ambiente se volvió denso, insoportable. Los presentes escucharon el crujir de un mecanismo desconocido. Intentaban descubrir el origen del mismo cuando de los laterales, paredes de llamas se arrojaron contra ellos, incinerándolo todo. Murieron abrasados los asalariados, la bailarina, los niños, los cadáveres, la cabeza de Anne Marie.

—Inclusive los Carroñeros pierden utilidad —pensé.

—Así es, a la *Profit* no le conviene que anden las calaveras de connotados pululando en la Red.

Todo había sido destruido. Solo los restos chamuscados de L4iKa se arrastraban por los escombros.

Me encontré frente a los cuatro viejos.

—No entiendo qué hago aquí. ¿Para qué me trajiste?

Con su sonrisa para humanos, se limitó a señalarme la matriz de donde partían los cascos neurales.

—*¡Bienvenidos al nivel cero!*

Al materializarme dentro de la simulación, encontré frente a mí, una pequeña casa de madera pintada de verde y rosa que dominaba el tope de una loma rodeada de abundantes cañaverales de grandes flores rojas. El viento las movía en un suave baile que se repetía en un discreto bucle. Solo lo interrumpía un toro enorme que me observaba desde las cañas de azúcar, a la vez que montaba a una pasiva hembra.

Me dirigí a la casita.

Al ingresar, me encontré a Anne Marie posada en sus rodillas y manos. Detrás de ella, uno de los viejos, aún más viejo y amarillo que en lo análogo. Mientras, un adolescente vigoroso, el avatar de otro de los ancianos, estaba en frente. Justo al lado de ellos, un gran gato negro se lamía así mismo.

Todos pararon y me examinaron con atención.

Con el machete que apareció en mi mano, abrí el pecho del adolescente cuando avanzaba por mí. Luego aplasté la cabeza al gato cuando intentaba escapar, para entonces cercenar el cuello del viejo de un solo golpe. Buscaba al cuarto, cuando la pared a mis espaldas estalló, lanzándome unos dos metros hacia la catatónica Anne Marie. El gran toro, jadeante, me estocó, perforándome el costado izquierdo. Pero L4iKa apareció a mi lado, tomó el machete y decapitó a la bestia.

—Almacené a Anne Marie en la Central para recuperarla cuando estuviésemos a salvo —me decía L4iKa, al asistir a la muchacha—. Pero con la pérdida de mi cuerpo, ya no pude acceder a la Central para extraerla remotamente. En lo que tardé en recuperarme, Handword y su equipo la habían detectado. Se la dieron a los Carroñeros ausentes en el ataque como paquete de compensación.

Todos eran miembros de una misma célula que lideraba L4iKa (realmente había superado el protocolo); se habían enterado del «servicio infantil» en el décimo nivel y se propusieron sacarlo del catálogo. Acariciándole el pelo a Anne Marie, L4iKa agregó que Miguel M. me había señalado como el gavillero de mayor capacidad.

Inicié la transferencia.

Finalizada, las piernas de mi cuerpo cedieron. La transferencia de una personalidad completa sobrecargaba los implantes en él y, en consecuencia, su sistema nervioso. Aunque no era problema para L4iKa acarrearlo hasta el ascensor. Ahora, al lado de los viejos vegetativos todavía conectados, se encontraba el señor Handword, ahorcado por el andrógino cibernético que permanecía en un *loop* lógico inyectado por ella. Fuera del cubo, por igual, había medio centenar de milicianos corporativos cortados a la mitad por sus contrapartes androides que yacían en el ennegrecido piso, inservibles. A partir de ese momento, todas las puertas se abrían, sin necesidad de biochips, tecleos o cordones corticales. El ascenso fue *suave*. En el exterior, Miguel M. y el Primo recibieron a L4iKa y mi cuerpo. Despegaron a una nueva casa de seguridad, en la cual podrán celebrar el reencuentro con Anne Marie. En tanto a mí, residiré por un tiempo en alguno de los catálogos de la Central, esperando mi turno para la próxima descarga.

— — —

EL DÍA QUE MURIÓ NEWTON

HÉCTOR MEDINA

El niño intentaba alcanzar su juguete que flotaba en medio de la sala, dando pequeños saltos que su madre pudo notar cuando cruzaba hacia la cocina. Se acercó a su hijo, sujetó por un momento el juguete y lo tiró a la basura, como si se tratase de algo natural.

Su esposo veía la televisión en el segundo piso, pero no quiso decirle nada, no quería que la hubiera tratado de loca. Se dedicó a servir la cena, a alistar la mesa, dejando en el centro su florero favorito. Afuera era una noche más fría que cualquiera, y las estrellas, a pesar de la claridad del cielo, no se veían. Su esposo bajó al rato, puso al niño, de sólo tres años, en la silla del comedor. La cena estuvo lista y se sentaron como en una reunión seria.

—Estos espaguetis están de maravilla, Lorenza, créeme—. El hombre masticó rápidamente y se echó a la boca la siguiente cucharada.

—Me alaga que te gusten, Rubén —la mujer hizo un gesto de aprecio y tocó el rostro de su esposo.

—Pero, por favor, pasa más servilletas porque estas no me alcanzan para limpiarme la deliciosa salsa.

—De acuerdo.

La mujer fue a la sala para sacar las servilletas que tenía en uno de los cajones. Cuando se acercaba vio que la mesa de centro se elevaba paulatinamente. Ya no era normal, pensó; era mejor decirle a Rubén para que viera lo que pasaba. Se incorporó luego de pasar la mano por debajo de la mesa, y no sintió si no aire.

—¡Rubén, ven!

—¡¿Qué pasa mi vida?!

—¡Rápido!

Cuando el hombre se acercó vio que la mesa flotaba y casi tocaba el techo. No pudo decir nada por un instante, observó a su mujer y luego a la mesa; luego a su mujer y luego a la mesa.

—Pues... pues...

—Hace rato encontré al niño saltando para alcanzar su juguete, pero no le di importancia y lo tiré a la basura—. Lorenza cogió al niño y regresó junto a su esposo a la mesa.

No terminaron de comer. Subieron a descansar esperando que al otro día se solucionara el asunto.

La mañana despertó despejada y sin forma. Cuando Lorenza fue a poner sus pies en el suelo lo que sintió fue aire y vacío. Rubén se levantó por completo y fue quien se dio cuenta que la cama estaba casi pegada al techo, incluso las lámparas, la ropa y todos los accesorios de la habitación.

Como pudieron, se aferraron de la cama cautelosamente, pusieron las manos y se dejaron descolgar para que la caída no fuera tan fuerte; al caer, sintieron una fuerza que los empujaba hacia arriba, pero a pesar de ello tocaron el piso. Pasaron al cuarto de su hijo, cogido de la cuna que también flotaba, pero ésta se estaba yendo hacia la ventana de la habitación.

—No entiendo nada de esto —fue lo único que pudo decir Lorenza.

Decidieron salir a la calle para ver qué pasaba, porque en ese momento los vecinos se reunían en la calle y comentaban con desesperación. Lorenza bajó en bata y Rubén solamente en una pantaloneta. Cuando se acercaron todos hablaban de que habían visto salir cosas por las ventanas de las casas e irse al cielo; incluso aún se

veían algunas hasta ahora por la altura de las copas de los árboles.

—Pero son cosas pequeñas —dijo un hombre que traía una pistola entre las manos—. Les podemos disparar.

El hombre le apuntó a una escoba que ascendía, pero una mujer lo detuvo, haciéndole ver que no era necesario tal acto.

—En la vida no se puede arreglar todo con armas.

La calle a todo lo largo y a todo lo ancho estaba vacía. Los objetos más livianos empezaron a ascender, perdiéndose en el firmamento. Las noticias registraban que un extraño fenómeno se presentaba en todo el mundo, y la gente no entendía; para algunos era el fin del mundo. Rubén y Lorenza estaban extasiados, creían que era simplemente un fenómeno eventual que pasaría.

Cuando entraron, la casa se estaba desprendiendo de las columnas, resquebrajadas por las esquinas y en ella ya no se encontraba ningún objeto; vieron todas sus pertenencias subiendo al cielo, como en un acto de benevolencia y santidad. Toda la gente por la calle no hacía más que mirarse, preguntándose uno a otro qué iba a pasar con ellos.

Además, las noticias registraban el ascenso de la torre Eiffel, la estatua de la libertad y todas las maravillas que el hombre había creado; los grandes inventos, los gobiernos, la libertad, la esclavitud, los poderes y en fin todos los utensilios con los que la humanidad se había hecho carne y hueso.

Y sólo quedaba la gente. En todo el mundo sólo había rostros de incertidumbre, rostros pueriles, rostros que apenas conocían el mundo, como si hubieran acabado de nacer. No se tocaban, no conocían, por sus cabezas no pasaba siquiera el mínimo de pensamiento. Sólo Rubén y Lorenza tuvieron una idea, idea que no iban a contarle a nadie.

—Es obvio que seguiremos nosotros, subiremos.

La gente empezó a ascender. Por todas partes del cielo se veía algún que otro objeto que seguía ascendiendo, pero lo importante era la humanidad, el cielo los esperaba con los brazos abiertos, los brazos extendidos se acercaban a todos ellos.

Mientras ascendían pensaban a dónde llegarían, los recibiría un Gigante, los recibiría un espacio sideral, un extraterrestre en algún planeta los albergaría. No lo sabían. Miraban hacia abajo, con frescura, viendo lo que había

sido y lo que habían destruido o lo había destruido la propia tierra, esto tampoco lo sabían. Se dedicaron a mirar a lo alto, para intentar divisar algo.

Mientras tanto Rubén y Lorenza se habían quedado, solitarios, no habían subido junto con los demás. Cuando Rubén se decidió a no subir, a seguir poblando la tierra, cogió de la mano a Lorenza y a su hijo, muy fuerte entre sus brazos, porque era el que más se quería elevar. De alguna parte Rubén se sostuvo fuerte y del otro brazo se aferró Lorenza.

Era una raíz. La raíz, a pesar de que el árbol ya había ascendido, se había quedado sujeta a la tierra, adherida en forma de zigzag y como si el mismo diablo la estuviera cogiendo. Y de allí no se soltó Rubén ni Lorenza. De un momento a otro la fuerza de ascenso se había hecho más fuerte, cada vez la atracción que había habido en la tierra ahora era desde el espacio.

Y se hizo muy fuerte, y muy fuerte. De repente un viento se empezó a sentir, un huracán se formó desde ese punto para hacer que los tres que faltaban subieran. Pero no, la raíz el diablo la tenía duro y los tres eran una roca formada desde hace millones de años que no la movía nada. El

huracán se rindió y empezó a esfumarse. Una calma, como si el universo se hubiera arrepentido, se empezó a sentir.

Una fuerza extraña empezó a halarlos, como si un imán de gran tamaño los arrastrara. Y esta vez la raíz sí se empezó a mover, la raíz fue saliendo de lo más profundo de la tierra, al punto que el diablo no pudo más y la soltó. Rubén, Lorenza y el niño salieron expelidos al cielo; la resistencia había sido inútil.

El resto de la humanidad ya había subido, por el firmamento ya no se veía nadie, ni siquiera nubes, porque éstas se habían evaporado con la fuerza. A pesar del ascenso, Rubén se mantenía sujeto a las piernas de Lorenza que a su vez sostenía fuerte al niño. Y el niño solamente miraba a su madre en son de lloriqueo y risa, lloriqueo y risa, pero se mantuvo.

—¿A dónde habrá llegado el resto? —preguntó Rubén acomodando el pie en la pantorrilla de su esposa.

—No lo sé.

Por un momento cerraron sus ojos. La fuerza intensa del imán había pasado y ahora seguían ascendiendo con suavidad, al ritmo de la muerte de Newton. El polvo había escapado, la atmósfera se cubrió de desolación y parte del espacio sideral ya se veía.

Lo inmenso de la tierra se divisaba; el sol, en su luz fulgurante, era quien ordenaba ahora. Los planetas de la vía láctea seguían en su órbita, obedeciendo al sol; sólo eso, porque ya no tenía nada ni a nadie a quien influenciar. El resto de la humanidad no se veía, ni las cosas, ni nada de lo que había habitado la tierra. Sólo quedaban las tres personas que seguían ascendiendo, con rostros vacilantes, sin saber hacia dónde se dirigían.

Y la incertidumbre continúa...

--

DÍAS DE JARDINERÍA

OSCAR GONZÁLEZ CRUZ

Así son las cosas. Siempre he sido un tanto desconfiada. Pocas veces pude llamar a alguien amigo, y los ratos de soledad me sientan bastante bien. ¿Quién mejor para un viaje de este tipo? No tengo dudas: mis habilidades, o incluso mis motivaciones, me han otorgado un rincón privilegiado en el pergamino de la historia. No caigan en confusiones; no hablo desde el egocentrismo o la vanidad. Pueden estar seguros: la honestidad y la humildad constituyen el motor principal de este mensaje.

Imagino su reacción. Creo sentir ya el peso de su odio en mi espalda. A pesar de ello, mi decisión es inapelable. Aquí, desde ZIERRA-1, el planeta habitable más cercano a nuestro hogar, doy por inaugurados los días de jardinería. Como ustedes saben, se trata de un paso esencial para la fundación de la primera colonia. He seguido el procedimiento estándar al pie de la letra, aunque

he adaptado un poco la ejecución del plan, en aras de cumplir un propósito más loable.

No se desesperen, ya llegaré a esa parte, por ahora me parece justo expresar mi sincero desprecio hacia el Escuadrón Espacial. Tranquilos, mi comportamiento no ha sido más que profesional. He dado lo mejor de mí desde el inicio, mas nunca confié ciegamente en los supuestos ideales del gobierno unificado de la Tierra. Quince años de entrenamiento, siete de pilotaje local, catorce de sueño criogénico, y en ninguno de ellos bajé la guardia. Para su desgracia, queridos amigos, conozco sus cuestionables intenciones a la perfección.

¿Quién lo diría? El proyecto más importante en la historia de la humanidad, inevitablemente manchado por su egoísmo y patanería. Preservar la especie, alcanzar estrellas lejanas, crear vida, emigrar del agonizante planeta natal, buscar el equilibrio en nuevas praderas, corregir viejos errores, ver más allá de nuestra turbia individualidad. De eso se supone que trataban las colonizaciones. Para ello fuimos entrenados decenas de pilotos espaciales. Los demás están ya en camino al resto de posibles nuevos hogares, alimentados de las mismas vagas ilusiones. Espero no ser la única en haber tomado ciertas

precauciones. Deseo que mi iniciativa se propague como fuego salvaje en los demás planetas habitables.

Es curioso; dar con la verdad de todo este asunto fue muy sencillo. Quizá estamos acostumbrados a seguir sus órdenes sin cuestionar nunca nada. Tal vez ustedes se confiaron demasiado de ese hecho. Tenemos la instrucción de terraformar, cultivar especies vegetales, despertar a los embriones humanos, y asegurarnos de que la comunidad florezca en armonía. Bueno, pues yo decidí incluir un paso adicional. Verán, antes de partir, empaqué varias pruebas de identificación genética, y me di la libertad de tomar algunas muestras procedentes de varios miembros distinguidos del gobierno.

Senador Claudio, ha sido un placer ver crecer a su embrión personal durante estos días; no obstante, me es inevitable ver el reflejo de su lujuria en los ojos del pequeño. Sí, en el brindis de despedida, mientras usted insistía en posar su apesosa cabeza en mi pecho, obtuve uno de los pocos cabellos que le quedan, para identificar con éxito a su engendro.

General Kramer, el embrión que coincide con su muestra genética, al igual que usted, sin duda llegaría a ser un gran atleta. Lástima que el imbécil también heredaría

ese peculiar gusto por sus clásicos métodos de tortura... perdón, de corrección disciplinaria.

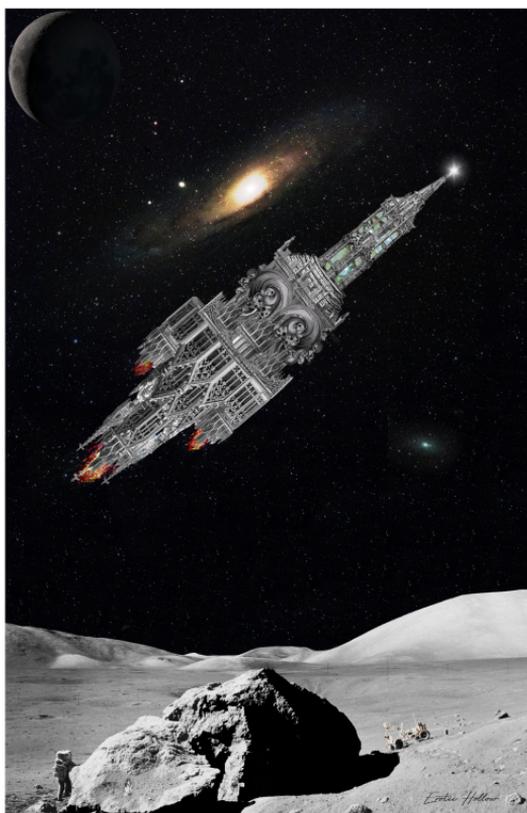
Presidenta Suárez, su criatura sería la mejor líder de la galaxia, con un carácter firme, una habilidad nata para tratar a las personas, claro está, no sin la codicia y la arrogancia que siempre han caracterizado a su familia.

La lista es larga. Detuve las evaluaciones de ADN en el embrión número 33; asumí que los cien bastardos que traje conmigo comparten orígenes similares. Cien humanos, de la peor calaña, orgullo de su nepotismo, cenit de su podredumbre. Ya imagino el resultado. Ustedes en los nuevos prados. El resto de nosotros ahogándonos en la Tierra.

No lo creo.

Como dije anteriormente, di inicio a los días de jardinería, la misión es todo un éxito, y mis especies vegetales crecen en tiempo récord, pues encontré el fertilizante más nutritivo jamás creado. Fuente rica en nitrógeno, abundante en compuestos orgánicos, repleto de fosfatos esenciales. Cien bellos y frescos repositorios. Mis jardines florecen alegres en las entrañas de sus hijos.

ARTE DE LA PORTADA



Revelación por Erotic Hollow (Iván Estrada).

Iván es un artista de collage nacido en México. Su trabajo es fuertemente influenciado por el surrealismo, la ciencia ficción, videojuegos y música. Ha tenido la oportunidad de mostrar su trabajo en varias exposiciones de collage tanto en México como en varias partes del mundo.

CÁPSULA EDITORIAL

¡Bienvenidos a COLECTIVERO!

Hola, mi nombre es Oscar. Quiero iniciar agradeciendo a todos ustedes que escuchan, leen y contribuyen con PLANETA MISTERIO. Ha sido un viaje fascinante de más de cuatro años. Jamás creí conocer a tantos amigos nuevos con los mismos gustos e intereses. En principio el podcast estaba destinado únicamente a mis alumnos de secundaria, (¡y oh sorpresa!), ahora somos más de 10,000 personas en esta linda comunidad.

La ciencia ficción es apasionante en todos sus formatos, y recientemente he descubierto muchos autores nuevos con grandes relatos por contar. Estoy convencido de que Latinoamérica es un gigante en este género, por eso he decidido crear esta plataforma: para compartir nuestras voces y experiencias únicas. En esta primera convocatoria participaron más de 50 escritores. Ha sido

muy emocionante descubrir los mundos e historias que tanta gente está creando.

Siento un optimismo alegre hacia la literatura independiente. Somos una generación que ha atestiguado avances tecnológicos y pandemias sin precedentes. Crecimos entre computadoras y videojuegos alucinantes. Expusimos nuestra identidad en redes sociales por voluntad propia. Escuchamos música que habla sobre estrellas y planetas lejanos. Algo bueno debe salir de todo eso. Hay un caldo de cultivo ideal para la creatividad. Creo que estamos por entrar a una nueva era dorada de la ciencia ficción en español. Ojalá así sea.

Por lo pronto, COLECTIVERO estará disponible para ustedes en publicaciones trimestrales. Si te encanta leer ciencia ficción, seguramente encontrarás aquí a tus nuevos autores favoritos. Si escribes ciencia ficción, estaremos felices de recibir tu manuscrito. Gracias nuevamente por adquirir este ejemplar. Tu apoyo mantiene vivo el proyecto y ayuda a retribuir económicamente a los escritores participantes. ¡Hasta la próxima!